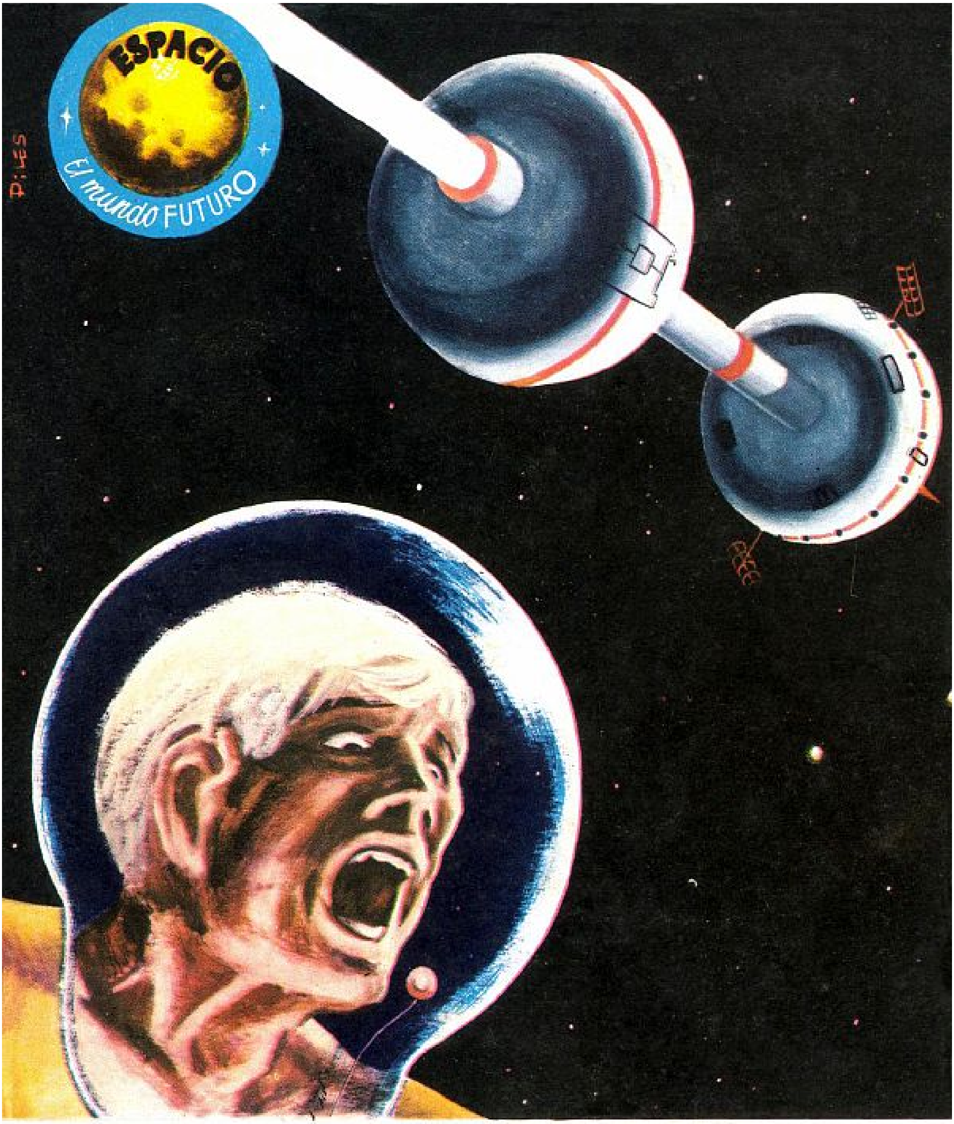


LA NOCHE DE LOS POLIMORFOS

JOHNNY GARLAND

«La noche de los polimorfos» se abre con un aviso de la invasión que va a sufrir la Tierra en una sola noche, y comienza con un diálogo, entre un humano que está pescando en el río y un polimorfo amabilísimo, simpatiquísimo, encantador que avisa al señor John Smith de que durante el transcurso de una sola noche, los extraterrestres polimorfos sustituirán a millones de terrícolas e invadirán el planeta.

Hay otra edición en Terror n.º265, EASA-Andina, 1982.

Johnny Garland

La noche de los polimorfos

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 306

ePub r1.0

LDS 19.06.18

Título original: *Título*
Johnny Garland, 1963
Cubierta: Piles
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2

PREFACIO

«Ellos» habían llegado.

Se habló tanto de eso, se escribieron tantas fantasías y se hicieron tantas películas seudocientíficas, que aquella tarde veraniega de 1975 fue justamente todo lo contrario de lo que se podía temer.

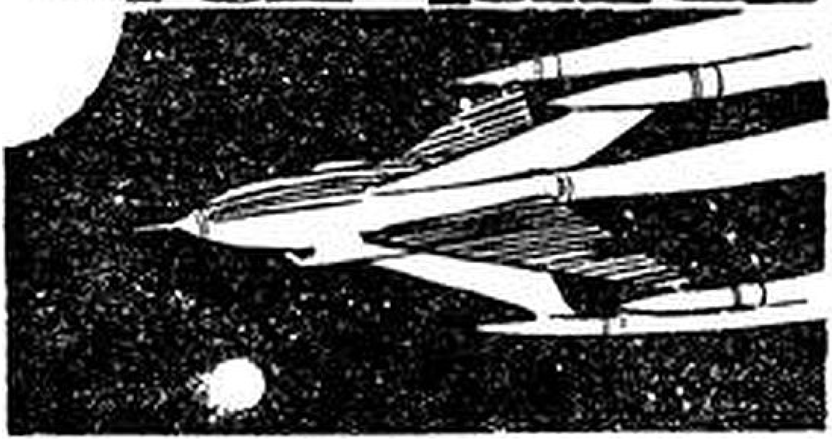
«Ellos» estaban aquí, entre nosotros. Nadie supo cuándo habían llegado ni cuando empezó todo. Para mí, comenzó en donde muchos engendros literarios habían terminado: en mi encuentro con «ellos».

No hubo nada de espectacular ni terrorífico en eso. Simplemente, me encontré con él y, sin apenas darme cuenta, ya lo sabía todo. Primero, no podía creerlo. Era lógico. ¿Qué hubieran hecho ustedes en mi caso?

¿Cómo hubieran reaccionado si, de pronto, se hubiesen visto interpelados por un sonriente personaje, de aspecto perfectamente normal? que, con encantadora sencillez les hubiera dicho:

—Buenas tardes, señor. No soy de su mundo. He venido de otro mundo… a invadir la Tierra…

LA NOCHE DE LOS POLIMORFOS



CAPÍTULO PRIMERO

«ÉL»

Muy buenas tardes, señor. Yo no soy de los suyos. No pertenezco a su mundo, ¿sabe? Yo soy un polimorfo, y he venido a la Tierra desde un planeta muy lejano. No, no soy el único. Somos muchos, y hemos venido a invadir la Tierra.

Eso dijo «él». Creo que fue exactamente eso. O tan parecido, que no existe diferencia entre ello y lo que yo transcribo.

Contemplé al personaje. Podía ser un loco, claro. Era lo que hubieran pensado noventa y nueve personas de cada cien, en mis circunstancias. Pero yo era ese caso único, la excepción en la centena. Lo cierto es que creí en él. Y no me pregunte nadie por qué. Nunca supe decirlo.

Podía ser un loco. Pero no lo era, estaba seguro. Me había dicho la verdad. Yo soy un tipo intuitivo, y acierto la mayoría de las veces.

—¿Un polimorfo? —repetí, algo estúpidamente.

«Él» no pareció encontrar mal que yo me mostrara estúpido. Incluso dio la impresión de sentirse divertido.

—Eso es —asintió, radiante—. Gracias por entenderlo. Creí que me llamaría loco.

—¿Es un loco?

—No, no —negó, con aire ofendido—. Soy un polimorfo.

Nunca vi a nadie tan ofendido de ser llamado loco, como un auténtico loco. Y, sin embargo, seguí pensando que allí no estaba ante un caso más de demencia. No, yo sabía ya que no era un loco. Ni siquiera un loco hubiera dicho semejante tontería.

—¿Va a creerme sólo porque yo lo digo? —indagó.

—Claro —sonreí.

—Oh, no, no —protestó vivamente, como si mi credulidad le molestara terriblemente—. Yo tengo que demostrarle que soy un polimorfo. Vea, vea…

Y lo vi.

No, no era un loco. Yo había acertado al creer en su extraña palabra. Era un polimorfo, o como uno quisiera llamar a un ser capaz de trocar su forma, su apariencia, su naturaleza misma… y a la vista de uno. Igual que un buen artista circense. Sólo que eso… nunca lo hizo artista de circo alguno.

El hombre acababa de perder su forma humana. Súbitamente, ante mis propios ojos, su aspecto físico había sufrido un cambio asombroso.

Ahora… era un perfecto ejemplar. Un pequeño potrillo, un «*poney*» o como se le quisiera llamar. Un caballejo que trotó unos pasos ante mí, jocosamente. Relinchó mirándome.

Y luego, de repente, su forma se contrajo, con una especie de reflejo o tornasol amarillodorado… para convertirse en un perro. Un gran ejemplar de San Bernardo o cosa parecida. Ladró alegremente, como si me saludara.

Otro chispazo dorado, cegador, le transformó en un simple gato. Un ejemplar de raza persa, blanco y lanudo, de grandes ojos verdes, felinos y fijos. Su maullido, para mi oído, tuvo igual sentido que el ladrido del San Bernardo o el relincho jovial y amistoso del «*poney*».

Yo nunca había visto nada así. Creo que nadie lo llegó a ver antes de que yo fuera testigo de ello. Pero, sin saber la razón, asistí

al prodigio con perfecta serenidad y convicción. Como si aquello fuese normal, lógico, razonable. Yo sabía que no era nada de eso. Pero lo estaba viendo, y lo aceptaba. Si alguien me hubiera preguntado por qué, me hubiese puesto en un serio compromiso.

—Está bien, amigo —dije apaciblemente—. Eres un polimorfo. ¿Qué más?

El gatito persa maulló, como si se sintiera desconcertado y perplejo. Luego, dio un chispazo dorado para convertirse en una serpiente escamosa. Silbó, mostrándome su peligrosa lengua, y culebreando ante mí, a punto de saltar. Me asustó, pero no hice el menor ademán de huir.

Tal vez eso le desanimó a seguir su representación. Lo cierto es que el nuevo chispazo me devolvió al hombrecillo apacible, tranquilo y de aire perfectamente burgués, que me dijera, al principio de mi aventura con él:

—«Yo soy un polimorfo. Y he venido a su mundo… para invadirlo».

Ahora, en vez de decir esas palabras terribles y de siniestro acento, gimió, cruzando sus manos perfectamente humanas, para lamentarse con aire de infortunado:

—Bueno, ¿por qué no te asustas? Yo soy un invasor. He venido a ser dueño de tu planeta, hombre terrestre.

—Debería asustarme, sí —confesé—. Pero me has sido simpático. ¿Cómo te llamaré, además de polimorfo?

—Mi nombre… es… mi nombre podría ser, traducido en palabras a tu lenguaje terrestre, algo así como… Zirky.

—Zirky… Es un nombre también simpático. —Moví la cabeza negativamente—. ¿Ves? No puedes asustarme.

—¿Dudas de que sea un invasor de otro planeta? ¿La dudas porque hablo tu lenguaje? Al cambiar de forma física, adoptamos las facultades de la forma que elegimos, hombre de la Tierra. Pero soy un extraño. Un enemigo tuyo.

—Sí, imagino que en esto tienes razón.

—Y ¿no vas a luchar contra mí? —Parpadeó, sorprendido.

Solté una risa. Hubiera querido ser grave, trascendente, dado el asombroso momento que me tocaba vivir. Pero no me fue posible. En vez de eso, reí.

—¿Luchar? —dije—. Difícil sería hacerlo. Puedes convertirte en

un gorila o en un dinosaurio, y destruirme en dos segundos. Puedes ser un reptil y envenenarme con un simple mordisco. Puedes ser un insecto e inocularme un virus mortal. No sé, Zirky. Pero creo que sería inútil enfrentarse contigo. Siempre ganarías tú, siendo un polimorfo auténtico. ¿Para qué voy a luchar, en ese caso?

Zirky pareció realmente desolado. No esperaba eso.

Alrededor nuestro, el bosquecillo, el río donde yo habitualmente pescaba truchas, y todo el bucólico lugar elegido para mis vacaciones, resultó tan anacrónico y disparatado, en relación con la extraterrena naturaleza de mi interlocutor, que juzgué que algo fallaba allí. O el destino era un mal novelista, que elegía pésimamente sus escenarios… o el polimorfo llamado «Zirky» no sabía tampoco gran cosa de la elección de ambientes.

—Bueno, si no luchas, es que te rindes. Te entregas sin pelear, hombre de la Tierra —dijo Zirky.

—Algo así —acepté, sarcástico—. ¿Llevas mucho tiempo en la Tierra?

—Unas horas. Sólo conozco a los seres que te he reproducido. Los vi u oí en estos bosques. Espero tener más experiencia de tu planeta, para poder adoptar las formas de las demás criaturas de tu mundo.

—Te dará mucho trabajo eso —comenté—. No sabes la cantidad de elementos raros que alberga este pobre mundo al que has llegado, Zirky. ¿Hay muchos de tu género entre nosotros?

—Muchos —dijo sorprendentemente—. Miles, quizá millones. En una sola noche… seremos los amos de la Tierra.

Agité mis párpados, impresionado realmente por primera vez. Las facultades portentosas de un ser foráneo me dejaban frío. Pero saber que iban a invadirnos en una sola noche… sonaba peor. Como en la Ciencia-Ficción de hacía medio siglo, parecía el fin de la especie humana y todo eso. Pero yo no era novelista ni dramaturgo. La cosa me pareció menos grave de lo que realmente aparentaba ser.

—Bueno, eso parece serio —dije—. Y ¿qué noche va a ser ésa?

—Ésta —explicó—. La noche de hoy a mañana, hombre de la Tierra.

—La noche de hoy a mañana… —repetí estupefacto—. Y ¿por qué la noche, Zirky?

—Es nuestro momento propicio. No preguntes más —se evadió, como si temiera decir demasiado—. Será esta noche. Eso es todo.

—Esta noche. Y mañana… ¿qué habrá sucedido en el mundo? —preguntó.

—Que será nuestro —explicó apaciblemente—. De nosotros, los polimorfos. Es lo inevitable.

Le miré. Luego, hice una pregunta, la única que se me ocurrió entonces:

—Todo eso suena a fantasía, Zirky. Pero, si es cierto… ¿por qué me lo revelas a mí? Podría referirlo por ahí, avisar a los demás. ¿O es que has pensado en destruirme antes de que haga eso?

Mi buen amigo, el polimorfo, meneó la cabeza, con aire ofendido.

—No, no —rechazó—. ¿Por qué había de destruirte? Tú me harás falta. Todos haréis falta cuando… cuándo la Tierra sea nuestra.

—¿Por qué?

—Porque… Oh, bueno, no sé. Es lo que se nos dijo. No debemos destruir ni aniquilar a nadie. Debemos ser amigos.

—¿Amigos? —dudé.

—Sí —rió—. Pero, a la vez, demostraros todo aquello de lo que somos capaces, para evitar rebeldías de vuestra raza.

—Demuéstralo con algo. Tus cambios no impresionarán a nadie, en una época en que la piedra filosofal, que convierte el hierro y la piedra en oro, está como quien dice a la vuelta de la esquina.

—¿De modo que mi condición de polimorfo no te impresiona? —se lamentó.

—No, no me impresiona —sostuve.

—Bueno, yo… —suspiró, moviendo la cabeza de un lado a otro, con aire desolado—. Yo no quisiera tener que demostrarte otra clase de poderes, amigo…

Sonreía. Creo que ni siquiera se había dado cuenta de que me llamaba amigo. Le incité:

—Vamos, demuéstralo. ¿Qué es lo que puedes hacer? Sólo una especie muy fuerte, que sepa hacer algo más que cambiar de aspecto físico, puede invadir nuestro mundo con posibilidades de éxito.

Zirky se quedó un momento inmóvil, taciturno. Luego, hizo un

gesto vivaz. Alzó sus brazos, de apariencia perfectamente humana. Los agitó. Una llamarada dorada brotó del riachuelo de mis queridas truchas.

Luego…

Luego fui yo quien se sintió desolado, abatido por lo que sucedía. Tras el gesto realmente mágico del polimorfo Zirky, el río se había quedado seco.

Contemplé su cauce sin agua, sin peces. Sólo fango, tierra, hierbajos…

—¡Oh, no! —me lamenté—. ¡Zirky! ¿Qué has hecho?

—Yo… yo… lo siento —tragó saliva y enrojeció, como si en vez de un polimorfo fuese un colegial. Su gesto se repitió, al tiempo que decía—: Eso se arregla pronto, amigo.

Se arregló. Tras el chispazo dorado, no me sorprendió nada ver de nuevo las rumorosas y familiares aguas repletas de buenas truchas. Miré con auténtico respeto a Zirky. Esto era más de lo que yo había previsto. Mucho más.

—Sí —confesé lentamente—. Creo que tienes razón, Zirky… Creo que, si eres capaz de cosas así… y tus semejantes también lo son… Bueno, no tenemos mucho que hacer los habitantes del planeta Tierra. Nos invadiréis fácilmente. Ésta es vuestra noche, a lo que veo.

CAPÍTULO II

LA ESPERA DE LOS «POLIMORFOS»



Zirky le gustaban las truchas. Bien asadas al humo, con limón y salsa. Como si los polimorfos, además de ser una especie tan sorprendente y superdotada, fuese una raza de auténticos «*gourmets*», ávidos de exquisiteces culinarias.

—Magnifico —declaró Zirky, chupándose los dedos graciosamente, cuando sólo le quedó la espina de la trucha que le ofreciera como almuerzo—. Me gusta vuestra comida.

Le miré. Como podían mirar a un huésped que al otro día, lo más tardar, sería el amo de todo. Incluso de mi río, de mis truchas y de mi casa.

—Espero que sigas pescándolas y guisándolas por ti mismo —dije.

—Sí, hará falta hacerlo así —asintió, moviendo la cabeza—. Es la orden que tenemos, ¿entiendes?

—No muy bien. Pero trato de entenderlo. ¿Qué sucederá exactamente esta noche?

Por primera vez desde que le conocía, Zirky demostró cierto escrúpulo en hablar. Pero dijo algo, con vacilaciones:

—No puedo revelarlo, amigo. Es… es secreto militar. Forma parte de nuestra operación invasora.

—Oh, claro, lo olvidaba ya —admití con un gesto—. No quiero obligarte a traicionar a tus amigos y camaradas. Sólo que… me hubiera gustado saber cómo lo haréis. Se ha hablado durante tantos años de una invasión que ardo en curiosidad por saber cómo sucederán las cosas. Es posible que la fantasía de los escritores quede muy malparada, a fin de cuentas.

Zirky me miraba sin entender. Dichosos ellos, pensé. Por muy polimorfos que fuesen, desconocían muchos males. Los escritores, uno de ellos. Reí ante la idea. Siempre he sido un cínico. Por desgracia, ya no quedan muchos cínicos en 1975. Y era fácil imaginar que, al día siguiente, aún quedarían menos. El cinismo no debía de ser una característica de los polimorfos. Me parecían demasiado ingenuos para llegar a eso. Al menos, juzgando por mi amigo Zirky.

—¿Quieres decir que alguien ha presagiado esto de hoy? —indagó, confuso.

—¿Alguien? —solté una carcajada—. En realidad, cientos de mediocres individuos se han pasado la vida relatándonos la llegada de marcianos, venusianos y mil especies planetarias más, desde 1950 hasta nuestras fechas. Son veinticinco años soportando esos disparates, Zirky.

—Yo no soy de Marte. Ni tampoco de Venus.

—Lo imaginaba —suspiré—. Hubiera sido demasiado vulgar…

—Procedemos de un pequeño mundo, en otro sistema solar, lejos del vuestro. —Pareció preocupado por algo—. Eso… eso no será tan vulgar, ¿verdad?

—Bueno, tampoco es original —opiné—. Pero está mejor. No me siento muy fuerte en astronomía, de modo que no me cites tu origen.

—Escucha, hombre de la Tierra… Aún no sé cuál es tu nombre…

—John Smith —dije, con cierta vergüenza—. Un nombre muy vulgar aquí, Zirky.

—John Smith… —repitió con una sonrisa—. Me gusta, sí. Es bonito.

—Gracias —musité—. Eres un gran chico. Al menos, por decir eso.

—Oye, John Smith. Eres mi amigo, ¿verdad?

—Si hay amigos entre hombres de tu mundo y el mío… —Hice un gesto.

—¿Por qué no? —sonrió—. Eres simpático. Y amable.

—Gracias. También tú.

—Pero yo soy un intruso aquí. Vengo a invadir tu mundo. A destruir esta vida tuya… —Hizo un ademán, señalando alrededor suyo—. Creí que se iba a echar a llorar. —¡Soy un malvado, John Smith!

—Es lo que pensaba mi padre cuando tuvo que matar alemanes y japoneses, hace un buen puñado de años —comenté—. Decía que era un malvado, porque él tuvo buenos amigos entre japoneses y alemanes. Pero así es la vida. Incluso lejos del Sistema Solar, Zirky. Algún día lo entenderás así. Nosotros, en la Tierra, sabemos mucho de eso.

—No me gusta lo que voy a hacer —confesó Zirky—. ¿Por qué tenemos que venir aquí, a invadir un mundo que no es el nuestro?

—Sí, ¿por qué?

—Nuestro Sistema lo ha ordenado. Hay que obedecer. Mezclarse entre los humanos, estudiarlos de cerca… y actuar conforme al plan previsto. Así lo he hecho.

—Una pregunta, Zirky. ¿Sois… sois «humanos»?

—No —negó con una risita. Se irguió, con infantil diversión—. ¿Quieres ver cómo somos realmente… en nuestro planeta?

—¡No! —grité casi, aun a sabiendas que le ofendía. Al verle retroceder, agité un brazo, me sequé el rostro sudoroso y musité roncamente, inclinándome hacia él—: No, será mejor que no hagas nada de eso. Prefiero… prefiero ignorar todavía cuál es tu forma real. ¿Qué importa eso ahora, si tienes aspecto humano y vas a serlo mañana de una manera definitiva?

—Sí, claro… —Pareció aceptar de mala gana—. ¿Qué puede importar? Mañana, John Smith, el mundo entero será nuestro. Esta noche, cuando la gente duerma… ¡puf! Ocuparemos su sitio, sus hábitos y costumbres… Nadie advertirá nada. Y mañana, seremos

los dueños de todo. Así está fijado.

—¿Olvidas algo? Esta noche… sólo será de noche en medio mundo. ¿Y el otro medio?

—No sé —rió—. Serán dos noches, entonces. Pero ésta es la nuestra. La mía.

—¿Y acaso… tú has de ocuparte de…? —pregunté súbitamente, dejando mi pregunta en el aire.

Meneó la cabeza, afirmando despacio. Me miró con dolor, casi como con disculpa.

—Sí, John Smith. Yo… he de ocupar tu puesto.

Lo había imaginado ya así. No me sorprendía demasiado. Le miré. Al menos, era un suplantador simpático. Ya era algo, aunque no me sirviera de mucho consuelo.

Nos miramos con cierta mutua disculpa por no estar de acuerdo en ese terreno. Yo me expresé:

—Es como en las novelas de ficción científica, ciertamente. Esto casi me reconcilia con sus autores…

Sonrió tontamente. Yo, ni siquiera pude sonreír. No me gustaba la idea de dejar de ser yo, en el espacio de unas horas. Al final, argüí:

—¿No hay otro medio de…?

Me detuve. Él me entendía, y estaba meneando la cabeza negativamente, sin dejarme terminar.

—No, claro, no hay otro medio —concluí—. Bueno, tenía que preguntarlo, por si acaso… Supongo que tampoco puedo conseguir destruirte de ninguna forma.

—¿Lo harías? —sonrió beatíficamente, como si habláramos de ir a un espectáculo o de tomar una copa juntos.

—No sé. Creo que soy tan idiota que ni siquiera sería capaz de hacerlo —resoplé—. Pero uno tiene derecho a defender su vida, ¿no crees?

—Sí, es verdad —admitió—. No es justo que yo te haga esto, John Smith. Pero tengo que hacerlo. Me lo mandaron, ¿lo entiendes?

—Oh, claro que lo entiendo —sonreí—. He sido militar también.

—¿Militar?

—Es una forma de explicar por qué hace uno lo que otros quieren —dije, con mi habitual cinismo—. Bueno, Zirky, dejemos

eso. Y seamos amigos mientras sea posible, ¿quieres? Mañana, tú serás yo y todo eso… Oh, es para volverse loco. ¿Por qué has tenido que abordarme y decirme la verdad? Hubiera sido mejor ignorarla.

—Yo creí lo contrario, John Smith —se turbó mi amigo, el polimorfo.

—Quizá tengas razón. Fue una idea noble. ¿Todos sois iguales, Zirky?

—Creo que sí —afirmó, solemne, como convencido de ello, a pesar de las extrañas circunstancias—. Somos un pueblo noble. Siempre lo fuimos.

—La verdad, Zirky. Me asombras y me intrigas —comenté—. Me gustaría saber algo más sobre ti y tu mundo. Pero imagino que ya no hay tiempo de eso. Mira el sol. Es nuestro astro vital. Va hacia el ocaso. Eso quiere decir que dentro de unas horas, no más de seis o siete, oscurecerá. Y llegará la noche. Vuestra noche, Zirky. La noche de los polimorfos.

Me miró con un aire entre burlón y simpático. El endiablado Zirky tenía algo de bonachón, de gnomo de cuento de hadas, que le hacía afable y cautivador. Y eso que yo era el que menos razones tenía para albergar semejante clase de pensamientos.

—Es suficiente —dijo impensadamente—. ¿Seis o siete horas? Ven, John Smith. Estaremos de vuelta antes de la noche.

Era una afirmación fantástica. Como todas las suyas, supongo.

Pero lo cierto es que se cumplió en todos los fantásticos aspectos.

Extraña, increíble, fabulosamente… se cumplió.

Y fui con él a su mundo.

* * *

—¿Fuiste a su mundo?

Me miraba con los ojos profundamente abiertos, como si no creyera una palabra. Cuando abría tanto sus ojos, era muy bonita. Cuando los cerraba, también. Y cuando no hacía una cosa ni otra, seguía siendo bonita.

No era yo sólo quien pensaba así, después de todo. Lena era una de las muchachas más hermosas y cortejadas de la ciudad. No sé por qué tuvo que elegirme a mí entre tanto tipo arrogante. No soy

feo, ni carezco de atractivo varonil, pero al lado de Magnus Klein, por ejemplo, o de Atlas Miller, yo era un tipo perfectamente vulgar. Sin embargo, Lena renunció a los Apolos rubios, a los hermosos broncíneos, por un hombre de aspecto normal, de normal contextura y de rostro corriente. Ese hombre era yo, John Smith.

—Johnny, tú… fuiste a su mundo —repitió ella, con aquella voz cálida, suave, que acariciaba los oídos y la piel con una grata sensación aterciopelada—. ¿Es cierto eso, querido?

Tenía perfecto derecho a dudar. Debía de parecerle un loco absoluto, después de contarle aquella historia. Miré distraídamente al exterior, al jardín que iba oscureciéndose al caer la tarde. Me estremecí, recordando el aviso de Zirky. Faltaba poco para la noche. Muy poco ya.

—Sí, Lena —suspiré—. Fui con él a un planeta lejano.

—Pero… pero dices que todo eso sucedió… hoy. Hace apenas unas horas.

—Eso es.

—¡Y, en unas horas, fuiste a un planeta, volviste, me llamaste a mí por televisófono… y hablamos de ello antes de que anochezca! —Parpadeó, reflejando el asombro en sus hermosas pupilas verdes —. ¡Oh, Johnny!

—Sé lo que vas a decirme: soy un condenado embustero.

—No. Johnny.

—O me quedé dormido, y he soñado todo eso.

—Sí, Johnny —sonrió pícaramente Lena, cruzando sus bonitas piernas con desenvoltura.

—No te lo reprocho. Pero no es así. Yo… he vivido todo eso, Lena. Es cierto que he ido al mundo de Zirky. Me llevó consigo. Y lo visité.

—Lo visitaste… —En sus labios, repetido de aquel modo, sonaba a una tontería descomunal. Me sentí un poco avergonzado, como el niño que dice haber visto un dinosaurio en el bosque—. ¿Cómo, Johnny? Sabes que soy una mujer muy crédula y con dosis de imaginación suficiente para no dudar de la razón de nadie. Pero eso…

—Demonio, ¿crees que no me siento un poco desquiciado yo mismo? —mascullé—. Pero he estado allí, he visto y sentido lo que era el mundo de Zirky. Lo único que no he visto es a los semejantes

de Zirky en su forma original. Prefiero que sea así.

—¿Es que «ellos» han venido con naves de velocidades superiores a la luz? —indagó Lena.

—No —negué—. No han traído ninguna nave, querida.

—¿Entonces?…

—Escúchame, querida. Ya sabes cómo son Zirky y sus compañeros. Polimorfos, gente que puede trocar a voluntad sus moléculas e incluso la composición de sus átomos, para transformarse a placer en aquello que vean sus ojos. Es una facultad que les permite cambiar de volumen, de peso, de apariencia, de estructura. Un prodigio de la naturaleza en otros mundos, Lena. Siempre se dijo que existían formas de vida universales que el hombre no podía siquiera sospechar. Bueno, parece que los polimorfos son una de esas formas ignoradas hasta hoy.

—Te entiendo, Johnny. Sigue.

—Eso lo explica todo. Su facultad llega al extremo de poderse disolver, descomponer sus átomos simplemente en NADA. Y, convertidos en aparente vacío, transformados en partículas invisibles, se transmutan en luz, en ondas de cierta frecuencia. Como tales, se trasladan a distancias ingentes en cuestión de segundos. Porque incluso la luz invisible en que se transforman, alcanza velocidades superiores a las que conocemos en «nuestra» luz. Unos minutos les bastan para salir del Sistema Solar y llegar al suyo propio.

—Fantástico —suspiró Lena, moviendo su rubia cabeza con perplejidad, pero aceptando muy bien el prodigio que le refería—. Ahora bien, Johnny; eso lo hacen «ellos». De modo que Zirky regresó por unas horas a su mundo. Pero… ¿cómo lo hiciste tú? No eres un polimorfo… Al menos, eso creo.

Me eché a reír. Lena era así. Tenía la virtud de arrancarle a uno de las más sombrías preocupaciones. Pero lo cierto es que allá afuera, en el jardín, la noche era cada vez más densa. Las sombras de los setos parecían amazacotamientos de tinieblas ominosas, llenas de invisibles y simpáticos polimorfos, a punto de engullirnos para siempre.

—Es el nuevo prodigio de los polimorfos, Lena —dije con lentitud, incorporándome y paseando por la estancia—. «Ellos» pueden alterar la materia de lo que tocan. ¿Entiendes?

—No del todo.

—Si uno de ellos toma mi mano, si me conduce por contacto directo, y súbitamente altera su estructura, mientras no sea para convertirse en otro ser, si en ese momento lo desea, puede transmitirme a mí su onda desintegrante y disolverme con él en el vacío. Mis átomos o moléculas se unen a los suyos, y si emprende viaje, viajamos juntos.

—¡Increíble!

—Increíble, sí —acepté, aturdido—. ¿Cómo se puede luchar con gente así, cómo evitar que sean amos del mundo? Y los endiablados polimorfos son tan simpáticos, a fin de cuentas…

—Bien. Ya me has referido tu asombroso viaje, Johnny. Ahora, dime: ¿qué viste en el mundo de esos seres? ¿Cuál es concretamente su planeta?

—Nunca supe mucha astronomía —confesé sin rubor—. Yo no podía imaginar que iba a ser el primer terrestre que viajara fuera del Sistema Solar, Lena… y sin nave ni cohete alguno. Quizá entonces hubiera estudiado. Lo cierto es que es otro sistema solar, perteneciente también a nuestra Vía Láctea, pero con pocas cosas en común con el nuestro, aparte de su aire diáfano, cristalino, perfectamente respirable, pero saturado de helio. Allí, uno parece flotar y ser feliz. Sin embargo…

—¿Qué?

—Sin embargo, no es así. Comprendo que esos infelices polimorfos vengan a la Tierra, a buscar una nueva existencia. Es injusto, pero el hombre lleva siglos aniquilando a todo lo que se opone a su desarrollo y vitalidad. Incluso si ese algo es el propio hombre. ¿De qué podemos quejarnos, si ahora otros vienen a destruirnos a nosotros?

—Pareces el abogado defensor de esa gentecilla, Johnny —me reprochó Lena—. Pero dime, ¿qué sucede en su planeta, para que hayan emigrado?

—Vegetales, Lena —dije—. Y fango vivo.

—¿Qué? —Su estupor creció de punto, si eso aún era posible.

Me pasé una mano temblorosa por la frente cubierta de sudor.

—Sí, Lena. Cuando pisé su planeta, lo primero que vi fue «aquello»…

Capítulo III

AZOTES SIDERALES



ste es nuestro mundo, John Smith —me había dicho Zirky, señalándome el suelo de su luminoso, diáfano planeta, de aire ligero, respirable, cargado de helio. Un aire que, al pasar por los pulmones de un terrestre como yo, parecía inyectarle a uno optimismo y alegría—. No puedo decirte que seas bienvenido a él… ¿Comprendes por qué?

—No del todo —dije, tras un silencio. Y señalé la llanura que se extendía ante mí, con un fantástico juego de púrpuras, azules y anaranjados en las plantas. No vi rastro alguno de clorofila ni, en consecuencia, de tintes verdes en la campiña. Con ello, el aspecto de la campiña era delirante, policromo y bellísimo, pero en nada recordaba a un campo normal en la Tierra.

—Es hermoso —dije—. ¿Por qué abandonáis un lugar así? La Tierra es un mundo práctico, cuyas bellezas están limitadas por la

ambición industrial del hombre, amigo Zirky. Vosotros, al ocupar nuestros puestos, os convertiréis indefectiblemente en hombres. Con todas nuestras virtudes… y también con todos los defectos.

—Es inevitable. —Se encogió de hombros, con tristeza. Miraba amorosamente su mundo lujurioso, fantástico, de plantas retorcidas, de grandes hojas purpúreas, de bellísimos y cimbreantes tallos color naranja o de un azul vivido y luminoso—. Aquí no podemos vivir. Muchos de nosotros fuimos ya devorados.

—¿Devorados? —Me volví, pegando un respingo—. ¿Por quién?

Su tristeza era realmente patética. De no pensar que aquel simpático hombrecillo iba a terminar por «devorarme» también a mí, en el sentido relativo de la palabra, me hubiera echado a llorar por él.

—Ahora lo verás —dijo simplemente.

Se descompuso en dos seres exactamente iguales, tras un chispazo dorado. Le vi desdoblarse y convertirse en dos Zirkys gemelos. Uno se quedó a mi lado. El otro avanzó hacia las plantas policromas y exuberantes de la llanura.

Como fascinado, le contemplé moviéndose por entre los tallos azules y naranja. Tuve que mirar de reojo por dos veces al «otro Zirky», para saber que estaba viendo a un perfecto doble, que quizá ni siquiera existía en su exacta dimensión.

Fue horrible.

Al llegar al centro del gran campo de vegetales gigantescos, los tallos oscilaron, descendieron como enormes aves las hojas agitadas. Cubrieron al doble de Zirky, que trató de eludir el acoso de las plantas vivas.

Luego, hubo una succión, un horrible gorgoteo… y el cuerpo de Zirky comenzó a desaparecer, pateando entre las grandes hojas. Por fin, éstas cerraron sus dientes vegetales, y no quedó rastro del doble de mi amigo y anfitrión.

—Tragedia terminada —suspiró Zirky—. ¿Lo has entendido ya, John Smith?

—Sí… —afirmé, con lentitud—. Pero esa imagen tuya…

—No era una imagen —sonrió con tristeza—. Perdí unas cuantas moléculas, construyendo un doble ligero y vacío, pero aparentemente igual a mí. Ya viste lo que pasa en mi hermoso mundo. Todos somos devorados.

—¿Siempre por esas plantas?

—No, no siempre. Ven a otro paraje de mi planeta, amigo.

Me tomó de su mano, y nuevamente tuvo lugar el prodigio. Sentí un gran relajamiento, una paz suprema. Me diluí en el vacío, convertido en nada tangible. Floté en algún lugar del espacio, con la velocidad de vértigo de una estrella viajera.

Luego, súbitamente, sentí un chasquido en todo mi ser. Y mis átomos se reunieron nuevamente, formando mi estructura humana habitual. Zirky, a mi lado, me señaló alrededor.

—Mira —dijo—. Estamos cercados.

Lo estábamos, sí. En lo alto de una cima rocosa, de extrañas piedras verdes y brillantes, como cristal color esmeralda, de formas prismáticas bellísimas. Me incliné, toqué su vidriosa, tersa superficie. Y entendí. Se me erizaron los cabellos. ¡Eran esmeraldas! Auténticas, ingentes gemas verdes, de toneladas de peso. El sueño de un ambicioso. Miles de millones de «créditos» en esmeraldas fabulosas, como jamás imaginó nadie.

Pero «aquello» estaba alrededor de la montaña verde. Lo miré, estremeciéndome. En el acto presentí que era algo más que simple fango. Un pantano de millas y millas de fango cárdeno, tornasolado, agitado por extrañas y densas corrientes interiores, que lamía las laderas verdes, cristalinas, de la colosal esmeralda que era la montaña toda.

—Barro —dije—. Fango en movimiento, durante millas y millas. ¿Es eso?

—Sí. Eso… y algo más. Mira esto, John Smith.

Se inclinó. Con suma facilidad, arrancó una esmeralda prismática, centelleante, de casi cien kilos de peso. La tiró al fango, a pesar de que gemí, instintivamente:

—¡No, no hagas eso! ¡Vale una fortuna!…

Sonrió, replicándome:

—Aquí, eso no vale nada. Mira lo que sucede, John Smith, mi amigo…

Miré. La esmeralda había tocado el barro. En el acto, éste formó un furioso torbellino, un oleaje raro. Lo lógico era que la piedra verde fuera engullida. Pero en vez de eso, salió escupida del fango, y al volver a caer, se trituró misteriosamente, y voló en fragmentos pulverizados que, como tenue lluvia verde y cristalina, flotó luego

en el barro agitado, furibundo. Noté el golpeteo de olas de pastoso, repugnante barro, contra las laderas. Como si pretendiera subir y alcanzarnos.

Por fin advertí que no era simple imaginación. En realidad, subía.

—¡Vamos! —chilló, aferrándome con firmeza una mano—. ¡Terminará por alcanzarnos y tragarnos!

Nos disolvimos muy a tiempo. Mis átomos escaparon de la montaña de esmeralda cuando el fango, con una sacudida rabiosa, ponía una espesa ola sobre la cima. Pero ya no encontró a nadie.

Estábamos flotando, viajando en el espacio invisible.

De regreso a la Tierra, afortunadamente.

* * *

—Vegetales carnívoros… Barro inteligente y voraz… —Lena, algo pálida, respiró hondo—. Es horrible, Johnny.

—Horrible, sí. Casi compadezco a esa pobre gente. Tienen derecho a la vida. Esos azotes llovidos de sólo Dios sabe qué lugares siderales, les expulsan de su mundo. Zirky me dijo que sus ciudades y hogares desaparecieron bajo toneladas de fango criminal y astuto. Las plantas gigantescas terminaron con los pocos que pudieron sobrevivir al caos del fango. Ahora, prácticamente, su mundo es un mundo muerto.

—Un mundo muerto… ¿No lo seremos nosotros también esta noche? —se lamentó Lena—. Mis simpatías están junto a esa raza aniquilada, que lucha desesperadamente por la vida, pero nosotros… Nosotros también tenemos derecho a vivir. ¿Por qué no eligen otro lugar, otro planeta donde desenvolverse, donde no tengan que acabar con los humanos?

—No les es posible. Necesitan aire respirable. Y mucho terreno. Aun aniquilados en su mayoría, son millones y millones de polimorfos. Necesitan la Tierra toda, ¿lo entiendes? Es cuestión de vivir o morir. Y sólo vivirán destruyéndonos a nosotros.

—Johnny, ¿es que no vas a hacer nada? ¿Vas a quedarte esperando ahí, cruzado de brazos?

—Y ¿qué puedo hacer, Lena?

—¡Llamar a la policía, al ejército, al gobierno! ¡Hay que hacer

algo!

—¿Quién iba a creernos, Lena? La gente no tiene la imaginación y la credulidad tuya. Se burlarían de nosotros… y nos meterían en un sanatorio. No resolveríamos absolutamente nada, créeme.

—Entonces, ¿qué se puede hacer?

—Nada.

—¿Nada?

—Eso es. Esperar lo inevitable. —Me crucé de brazos—. Lo comprendí así desde el principio. No he tratado de rebelarme. Es tonto rebelarse contra el destino. Tan tonto sería pelear con los polimorfos, como escapar a la carrera de una bomba nuclear de miles de megatones, que fuese a caer unos segundos después. ¿Adónde podría ir uno, que no fuese exterminado igualmente?

—¡Oh, Johnny, yo no puedo tener tu resignación! ¡Soy joven; quiero vivir!

—Todos queremos vivir, Lena. Pero, si no te resignas a lo que no se puede evitar, ¿no será todavía peor el final?

—Su novio tiene razón —suspiró una voz a sus espaldas.

Se volvió. No había visto todavía a Zirky, pero al descubrirlo en la galería de acceso al jardín, apoyado en el quicio de la entrada, le reconoció en el acto.

—¡Zirky, usted parece un buen chico, por lo que Johnny habla de usted! —gimió Lena.

—Gracias —sonrió modestamente—. John Smith es muy amable.

—¡Zirky, no puedo entenderles! ¿Cómo pueden ser ustedes tan crueles con nosotros, si aparentan bondad y buena fe?

—No podemos evitarlo —se encogió de hombros—. Hemos de hacer esto en una noche, amiga mía. ¿De qué serviría lamentarse de ello?

—Eso es obrar como autómatas.

—No somos autómatas —se ofendió Zirky—. Actuamos para defender nuestra existencia. Éste es el único planeta similar al nuestro. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Usted lo dijo antes. Nadie quiere morir. Ni siquiera un polimorfo.

—¿Y no hay… forma de convivir?

—No. Somos demasiados. Aun así, la Tierra nos será pequeña, amiga mía.

Lena pareció desalentada. Y cuando eso ocurría, era porque las cosas estaban realmente mal. Rodeé sus hombros con fuerza, y la atraje hacia mi suavemente.

—Vamos —dijo—. Ya te advertí que era inevitable, querida. Zirky no puede hacer nada.

—Ya ha oscurecido. —El polimorfo señaló al jardín. Inclinó la cabeza, moviéndola de lado a lado—. Creo que ha llegado la hora…

—¡Un momento aún, Zirky! —pidió Lena, angustiada, moviendo una mano que frenó a mi amigo el polimorfo—. ¿Y yo? ¿Qué será de mi… cuando Johnny deje de ser él?

—No se preocupe —sonrió Zirky—. Ya está un polimorfo en camino para ocuparse de usted. No tardará en llegar.

—¡Vaya consuelo! —se lamentó ella.

—Es lo único que puedo decirle. —Zirky parecía desolado por no caerle simpático a Lena—. En su favor, esperaré a que llegue mi compañero. Así será mejor…

—Sí, seguramente… —Lena había llegado a mi escritorio. Debí imaginar lo que iba a hacer, porque estaba justamente ante la gaveta correspondiente. Pero no lo imaginé hasta que la vi tirar de la gaveta y sacar el arma gritando—. Pero ¡antes defenderé mi vida y la de Johnny!

—¡No, Lena! —avisó—. ¡No hagas eso!…

Pero lo hizo. Disparó sobre Zirky.

El estampido del arma retumbó en la estancia. Yo no era un gran adelantado en armamento. En vez de una moderna pistola electrónica, de aquellas que le pulverizaban a uno sin remedio, tenía una vieja, clásica arma de balas de níquel, pólvora y todo eso. Siempre he sido hombre de costumbres poco revolucionarias. Incluso en 1975 se podía ser como yo era.

Pero la bala, ciertamente, alcanzó de lleno al bueno de Zirky. No podía ser de otro modo. Lena era demasiado buena tiradora para fallar un blanco tan simple.

Zirky se quejó, llevándose las manos al vientre, donde la bala había entrado con seco impacto. Miró dolorido a Lena, luego a mí… y se desplomó ante nosotros, sobre la alfombra del gabinete.

Lena, aturdida, permaneció arma en mano, contemplando al polimorfo abatido. Yo me peiné lentamente los cabellos con mis dedos, y lancé un resoplido.

—Era un buen chico —dije despacio—. No debiste hacerlo, Lena.

—Era su vida… o la nuestra, Johnny. Sobre todo, la tuya.

—Eso no resuelve nada. Vendrán otros. Es evidente que los polimorfos se comunican entre sí por medio de ondas telepáticas. Otros suplirán a Zirky. Él, después de todo, no era mal chico… Hubiera preferido que me suplantara él, a que lo haga otro desconocido.

—¡Johnny, vuelve a la realidad! —me rogó Lena—. ¡No era un amigo! ¡Iba a destruirte, a ocupar tu puesto en el mundo!

—A su modo, era un amigo, Lena —suspiré, dejándome caer en el asiento—. Iba a hacer algo que estaba obligado a hacer, eso es todo. Pero me apreciaba, estoy seguro.

—¡Oh, terminaré por enloquecer! —Lena tiró el arma, furiosamente—. Es la situación más absurda que jamás vi, Johnny. Tú y ese… ese polimorfo, amigos entrañables. No puedo entenderlo, no soy capaz de afrontar los acontecimientos con tu serena resignación. Ya ves: he matado a un ser viviente, venga de donde venga. Eso quiere decir que podemos defendernos, luchar por nuestra vida y nuestra independencia, Johnny. ¿No valdría la pena?

—No lo sé, Lena. Me pregunto si algo vale la pena —miré largamente a Zirky. Incluso matar a ese forastero de otro planeta…

Lena me miró con enfado, y caminó hacia el jardín. A pesar de lo que dijera, el disparar sobre Zirky la había afectado mucho. Más de lo que quería admitir.

Salió al jardín. Yo oculté la cara entre las manos, reflexionando. Una risa suave me hizo levantarla de nuevo, con un respingo. Me quedé viendo visiones.

—¡Zirky! —exclamé.

Volvió a reír. Parecía tan sano como si le hubieran disparado un confite. En el vientre no tenía la menor señal de herida o desgarro. Tampoco parecía enfadado.

—Bueno, no os lamentéis más —dijo, divertido—. No pasó nada.

—¿Nada? ¿Y… el disparo?

—¿Eso? —Miró la pistola y le dio un puntapié, despectivo—. No puede hacernos nada, John Smith. Rasga tejidos que son modelados por nosotros mismos. Nuestras moléculas se reúnen de nuevo, cerrando la herida y creando nuevos tejidos. Todo muy simple.

Todo muy simple. Al menos, a él se lo parecía. Miré al jardín. No se veía a Lena. Casi me entraron ganas de reír, pensando en la cara que pondría al volver y encontrarse a Zirky sano y salvo.

—Discúlpala —dije—. Ella me quiere. Por eso lo hizo, Zirky.

—Claro. Sé lo que siente. Entre nosotros, John Smith, no existe el amor como vosotros lo entendéis. Somos más… indiferentes a la atracción de los sexos. Pero puedo entender a tu chica. No tuvo importancia…

Movió la cabeza, mirando a la noche. Era ya negra y profunda. No había estrellas ni luna. A pesar de eso, el jardín parecía iluminado tenuemente. Acaso por la luz de alguna astronave regular de línea, al pasar sobre la ciudad.

—¿Por qué no te vas a dormir, John Smith? —me pidió—. Será más fácil así…

—Sí, tienes razón. —Me estiré perezosamente. Sentía cansancio. Pero no era agradable pensar que me dormiría siendo yo mismo… y, al despertar, Zirky estaría en mí, absorbiendo totalmente mi ser y fundiéndose conmigo hasta anularme—. Será la mejor manera de terminar de una vez.

—Créeme que lo siento —se lamentó—. Si pudiera hacer algo…

—Sé que no puedes hacerlo —sonreí—. ¿Puedo ir a despedirme de Lena?

—Sí, ve allá —continuó—. Ya no me verás… hasta el momento de entrar en ti y tomar tu materia vital para mí. Adiós, John Smith.

—Adiós, Zirky.

Salí al jardín. La claridad seguía en las veredas de arenisca, entre setos y macizos floridos. Miré al cielo oscuro, nublado. Una claridad púrpura, algo así como una luna de color irreal, aparecía tras las nubes. Un disco purpúreo y tenue. Algún nuevo ingenio humano, pensé. Un espejo solar, una batería espacial o algo parecido. Uno había visto ya tantas cosas raras en el cielo, que no prestaba demasiado caso a ninguna cosa nueva en ese sentido.

Busqué a Lena. La claridad púrpura, lejana, le daba un aire de estatua, de figura idealizada por un pincel asombroso. Estaba llorando.

Creí justo hablarle confortante:

—¿Por qué lloras, Lena?

—He matado, Johnny. A fin de cuentas… he matado.

—No has matado —negué—. Zirky está lleno de vida.

—¡Oh, no! —Me miró estupefacta.

—Sus tejidos se regeneran por sí solos. No puede morir… como un terrestre.

Se secó las lágrimas. El dolor había pasado. Pero volvía el miedo, la angustia.

—¿Has venido, entonces a…?

—A despedirme, sí —asentí—. Un beso, Lena. El último beso.

—¡No, no! —De nuevo las lágrimas aparecieron en sus verdes pupilas. Rodaron por sus mejillas.

Por un momento creí que ese llanto llovía sobre mí, frío y menudo. Tardé en comprender que no eran lágrimas las que golpeaban mi faz, mi cabello y mis ropas. Ni tampoco lo que tamborileaba sordamente en la vereda del jardín y en los arbustos frondosos. Era lluvia; lluvia auténtica.

—Vamos, hay que tener serenidad. Zirky no tiene la culpa. Es su gente, su pueblo. Ya hemos discutido esto, Lena. Nuestro beso es la despedida. No la hagas más difícil, querida.

Se abrazó a mí. Dominó su llanto, y unimos nuestros labios cálidamente. Creo que nunca había pensado que un beso de amor fuese, a la vez, tan patético y tan sencillo.

Llovía sobre nosotros. Pero ni siquiera lo advertíamos. No éramos capaces de advertir nada.

Solamente pensábamos en que aquél era nuestro adiós, antes de ser absorbidos por un pueblo remoto del espacio, por unas gentes amables y poderosas, los polimorfos.

CAPÍTULO IV

EL OTRO VISITANTE



ena no quiso entrar conmigo en la casa. Se quedó en el jardín, silenciosa y abatida, sentada en un banco de piedra, bajo los setos. No parecía importarle la llovizna, ni el barrillo en que se convertían los senderos del jardín, bajo sus pies.

Subí a la alcoba, dispuesto a iniciar el descanso, el sueño definitivo. No era el de la muerte, pero se le parecería mucho. Al menos, para el verdadero John Smith, el que iba a desaparecer como tal durante la noche.

Antes de acostarme, fui hasta la ventana y me asomé al jardín. No vi a Lena. La claridad púrpura había desaparecido del cielo nublado. Seguía lloviendo. Mis dedos juguetearon con las macetas rectangulares de mi ventana. Las plantas brillaban, mojadas por la lluvia, cada vez más copiosa. La tierra de los recipientes ya era

fango.

—Supongo que debo decir adiós a todo —musité—. Incluso a vosotras. Mañana, mi mente ya no será mía. Habrá pasado la noche de los polimorfos, y ellos dominarán la Tierra.

Vistas así las cosas, ya nada parecía tan cómico. Sonaba a trascendente, a dramático. Y, sin embargo, yo no podía considerar como un enemigo al bueno de Zirky. Ni podía odiarle por lo que iba a hacer. No. En eso, la invasión no se parecía en nada a lo que presagiaron durante lustros los escritores de ciencia-ficción.

Solté los tallos azules de las florecillas, y me dispuse a ir definitivamente al lecho, a esperar el sueño. Y a esperar a Zirky.

Fue ya junto a la cama cuando pegué un respingo y me volví en redondo. No me vi en ningún espejo, pero mi estupor debía de dilatar enormemente mis ojos.

¡Tallos azules!

Sí, estaba seguro de eso. Había tocado distraídamente mis plantas. ¡Y tenían tallos azules, algo que nunca tuvieron! Recordé algo más. Y quise comprobarlo.

Abrí de nuevo la ventana. Pese a la lluvia, asomé la cabeza. Descubrí allí los tallos color azul. Y otros anaranjados, emergiendo de las macetas que yo mismo había plantado y cultivado.

Busqué las flores habituales en ella. ¡No había ninguna!

Sólo tallos azules y anaranjados, flores purpúreas, extrañas, iguales a las que vi en un lejano planeta, durante el fugaz viaje con Zirky. Como fascinado, vi todavía a la última flor de mi maceta al desaparecer tragada por la tierra fangosa del recipiente.

Fango y vegetales… Una idea alucinante me asaltó. Corrí al interior de la habitación. Tomé un objeto, un adorno de la cómoda. Era una figurilla de piedra. La tiré con violencia contra el barro de la maceta rectangular.

Ocurrió lo que me temía. El fango repelió en el acto la estatuilla y ésta saltó como si rebotase en un cuerpo de goma. Se hizo añicos, igual que si una fuerza pavorosa agitara la masa insignificante de aquel poco de barro. Y los fragmentos pulverizados cayeron tenuemente, como polvillo.

Retrocedí, alarmado. Las plantas de púrpura crecían muy deprisa. Demasiado. Y seguía lloviendo. Esa lluvia hacía crecer flores extrañas. Y convertía la tierra seca en… fango vivo.

Cerré la ventana de golpe, dejando fuera aquel horror. Sabía que los cristales no serían mucha defensa contra las flores y el barro asesinos, si continuaban creciendo como habían crecido en el planeta de los polimorfos.

Ajusté las contraventanas y me sentí algo más seguro, no mucho.

—Dios mío… —susurré, con una angustia que jamás había sentido al saberme sentenciado a entregar mi envoltura física, mi mente y mi vida a los polimorfos—. Dios mío, no puede ser. El azote del planeta de Zirky… ¡ha venido también a la Tierra!

Recordé que Lena se había quedado en el jardín, y un estremecimiento de terror me asaltó. Corrí escaleras abajo, alcancé la puerta del jardín, sin encontrarme para nada con Zirky, y salí al exterior, bajo la lluvia.

Encendí las luces del porche. Entre los setos y macizos de flores, asomaban ya los gruesos tallos anaranjados y azules de las plantas vistas antes en el planeta de Zirky. Allí, mucho más grandes y amenazadoras. Creciendo y creciendo a medida que arreciaba la misteriosa lluvia.

—¡Lena! —llamé, angustiado—. ¡Lena, responde!

No respondió nadie. Exasperado, corrí por un bordillo de baldosas, evitando pisar el barro de los senderos, por miedo a que ello resultara fatal. Repetí la llamada, con angustia creciente:

—¡Lena! ¡Lena! ¿Dónde estás, Lena? ¡Por favor, contéstame!

Una de las plantas anaranjadas se enroscó en mi pierna y me hizo caer. Lo hizo maligna, intencionadamente. Aquellas plantas tenían inteligencia o de otro modo no hubiera puesto tan astutamente su tallo en torno a mi tobillo, en plena carrera para derribarme.

Pero no caí en el fango, como sin duda pretendía. Salvé de un brinco increíble la senda embarrada, y me tiré de bruces en los setos, aferrándome a sus ramajes con desesperado esfuerzo.

Me mantuve así, mientras pisoteaba el tallo que, como una culebra vegetal, se retiraba ya, reptando, para continuar su crecimiento. Evidentemente, aún no estaba desarrollado lo bastante como para afrontar tal ataque, y le vi crujir, rasgarse y soltar una pulpa lechosa, que se mezcló con el barro, emitiendo un extraño gorgoteo.

La planta quedó triturada y muerta a mis pies. La miré casi con

júbilo. Entonces, me llegó el grito angustiado, trémulo:

—¡Johnny! ¡Johnny, socórreme, por Dios!

—¡Lena! —Mi voz casi fue un rugido. Sin mirar nada, me lancé adelante, abriéndome paso furiosamente entre los setos y matorrales, pero manteniéndome alejado de otros tallos y del siniestro barro de las sendas.

—¡Johnny, rápido! —apremió la voz de Lena, con un trémolo angustiado y terrible, en algún lugar del oscuro jardín, repentinamente convertido en un bosque infernal y alucinante, donde una muerte desconocida, u horror invisible y atroz, le amenazaba a uno por doquier—. ¡Johnny!…

Su voz me servía de guía en la sombra. Logré dar con el camino exacto. Un momento después, el reflejo de la claridad del porche se revelaba a Lena, en medio del jardín.

Un gemido de intenso horror brotó de mis labios crispados, al descubrir lo que sucedía.

* * *

—¡Oh, no, Lena! ¡No! —susurré, sintiendo un frío intenso, glacial, que recorría mi espina dorsal brutalmente—. ¡No es posible!…

Lena gritó de nuevo y extendió, desesperadamente, sus brazos hacia mí. Era su última imploración. Quizá al momento siguiente dejaría de existir.

Sus ropas estaban rasgadas por varios sitios, debido a la violencia de su lucha contra los tallos ásperos, rugosos y cubiertos de pinchos de unas horripilantes plantas púrpuras, de tallo azul. Pero éste, como un reptil grueso y tremendo, la enroscaba férreamente y la alzaba despacio, implacablemente, para lanzarla sobre una zona del jardín donde la blanda tierra, herida por la lluvia siniestra, se había transformado en un amplio charco fangoso, que bullía y se agitaba… como bullera y se agitara el inmenso mar de fango del planeta Zirky, cuando yo estuve en una de sus altas montañas de esmeralda.

Cuando soltara su cuerpo y Lena cayera en el fango, estaba seguro que éste la tragaría como hacen las arenas movedizas de los pantanos. Incluso me pareció una bestia inteligente e informe, no

una materia, esperando el festín golosamente, complacido de su superioridad y poder, seguro de que nadie podría evitar que obtuviera su presa viviente que se debatía desesperadamente.

La flor maligna empezó a aflojar el tallo. Lena parecía presentir lo que le esperaba, acaso porque recordaba mi relato, ya que pugnaba inútilmente por continuar aferrada al repulsivo vegetal, sin caer en el barro. Pero el tallo se hacía viscoso, duro y resbaladizo, repeliendo el cuerpo humano. Lena caería sin remedio al barro.

Y yo, allí, impotente, no podía hacer nada por evitarlo.

A pesar de ello, lo intenté. Lo hice, a todo riesgo.

Valía más morir con ella a verla perecer, sin medio humano de impedirlo.

Salté elásticamente hacia el peligroso lugar, estirando ambas manos a la vez, como lo haría un mono en las selvas, al brincar de árbol a árbol. Lena cayó, al soltarse de la gran planta viva, con un grito terrible.

Cayó en mis brazos, en vez de sepultarse en el fango. Y yo, en el aire, di un doble salto mortal con todos mis músculos a pleno rendimiento, para eludir la caída con ella en brazos.

Caímos, pero no en el barro sino en un seto inmediato, cuyos ramajes nos acogieron amistosamente. Me agarré a ellos como náufrago, con una sola mano, sujetando a Lena contra mí, rodeada por el otro brazo. Oscilamos peligrosamente y crujió el seto, atacado por los brotes siniestros de los vegetales monstruosos. Pero mantuvimos el equilibrio, mientras Lena sollozaba histéricamente, sin soltarse de mí.

Allá, en el charco fangoso, grandes burbujas se formaron, en remolino, y tuve la horrible impresión de una boca espumeante, que se enfurecía por haberse visto privada de su festín.

—Salvados, Lena. ¡Salvados! —musité—. ¡Vamos a La casa! ¡Es el único lugar seguro… por ahora!

Me lancé del seto al suelo, por lado opuesto al charco de limo. Corrí sin soltar a Lena de mis brazos, siempre sobre baldosas o sendas de piedras, lejos de toda huella de barro o de vegetales anaranjados y azules. Culebreos de tallos furiosos nos escoltaron hasta el porche, donde uno de los tallos logró descargar un trallazo que quebró la luz de la entrada.

Pero ya entonces habíamos entrado los dos, sin aliento, y yo

cerré tras de mí, después de dejar a Lena en el suelo. Con un jadeo, me apoyé en la sólida puerta atrancada. Me parecía poca defensa aquélla, pero ya era algo.

—Salvados por el momento, Lena —murmuré con voz rota—. ¿Estás bien?

—Sí, querido. —Me rodeó el cuello con sus brazos desnudos. Tenía su vestido penosamente desgarrado, pero eso no parecía importarle demasiado en tales momentos—. Estoy bien… cuando creí estar muerta.

La besé, para confortarla un poco. Le señalé el mueble bar.

—Sírvete un coñac —dije—. Te hace falta.

—También a ti, Johnny. Serviré dos…

Yo asentí, mojado por la lluvia, fatigado por el violento esfuerzo realizado para salvar a Lena. Mientras ella servía las copas, alcé el televisófono. Ahora sí iba a llamar a alguien. La policía, el ejército, sanidad o lo que fuese. Alguien tenía que ver aquel horror de allá afuera.

Descolgué el televisófono, pero la pequeña pantallita cromática no se iluminó. Solamente vi líneas, interferencias, como cuando quedaba cortada la conexión electrónica. Golpeé el indicador de llamada con insistencia. No llego nada por el auricular. Solamente un raro bisbiseo, un roce constante y extraño. El cuadro luminoso del aparato se puso en rojo, y un rótulo automático avisó: CONEXIÓN CORTADA.

—¡Conexión cortada! —grité roncamente—. ¡Lo entiendo! ¡La han cortado!

Las copas de coñac tintineaban en manos de Lena, cuando se acercó a mí. Sus verdes ojos me contemplaban despavoridos, desde un rostro del color del papel.

—¿Quién la ha cortado, Johnny? —pidió, estremecida.

—¡Eso de afuera! —Silabeé—. ¡Los vegetales malditos! ¡Nos han aislado aquí! ¡No podremos salir nunca de casa ni avisar a nadie! ¡Todos los que vean lo que nosotros hemos visto están condenados al aislamiento, para que la noticia no circule antes de tiempo!

—¿Crees que son tan inteligentes?

—¡Lo son más, mucho más! —Gruñí, apurando de un trago el licor—. ¡Yo he visto lo que hicieron con el planeta de Zirky, recuérdalo!

—Sí, pero, ahora que lo mencionas, ¿dónde está Zirky?

Me encogí de hombros. Incluso había logrado olvidar a Zirky, a los polimorfos y todo lo demás. Esto de ahora era más horrible, más inhumano y mucho más feroz.

—No he vuelto a verle —susurré—. Dijo que esperaría a que yo durmiese, para… bueno, tú sabes para qué.

—Sí, Johnny. Pero ¿no ha cambiado todo ahora?

—¿Cambiado?

—Sí. Ese azote vegetal, ese fango viviente y voraz… ¡Johnny, es el mismo peligro del que ellos vinieron huyendo desde su mundo!

—Sí, sí…

—Por tanto, no tienen por qué atacarnos. ¡La Tierra tampoco les sirve ahora, si están aquí sus enemigos mortales!

La miré, aturdido. Ella tenía razón. Los polimorfos no adelantaban nada ya, estando la Tierra sentenciada a morir invadida por la misma extraña materia vegetal y el mismo fango de su propio mundo. Habrían de emigrar en busca de otro planeta similar, si lo había.

—No me sirve de mucho consuelo, Lena —murmuré—. Al menos, Zirky y su gente eran amables, corteses… Esto de ahora es espantoso. No conoce la piedad ni avisa antes de atacar. No hemos salido ganando precisamente, Lena.

—¡Sin embargo, hemos de encontrar a Zirky, informarle de lo que sucede! ¡Acaso él vea una posibilidad de escapatoria, un medio de salir de este cerco mortal, Johnny!

Probé otra vez, sin éxito, con el televisófono. Estábamos bloqueados, sin línea de comunicación con el exterior. Y con el jardín imposible de transitar, sin hallar la espantosa muerte llovida del cielo.

—Está bien —suspiré—. Busquemos a Zirky. Pero no va a servir de nada. Nos dividiremos en busca suya. Es posible que esté oculto, esperando a que yo me duerma para iniciar su tarea, ignorando lo que sucede.

—O también es posible que haya salido antes al jardín y… —Se estremeció, sin concluir la frase. No hacía falta. Resultaba tan elocuente que yo también tuve un escalofrío.

—Sí, pudo ocurrir —acepté—. Pero no lo sabemos aún. Vamos a buscar por la casa. No salgas, Lena. Ni abras puerta o ventana

alguna. Si esas plantas ven hueco para entrar, invadirán la vivienda.

—No temas, Johnny. He visto y sentido lo suficiente para saber lo que debo hacer. Buscaré arriba, ¿te parece bien?

—Sí. Yo miraré la planta baja y el sótano. En marcha, Lena. Zirky es nuestra única esperanza por el momento.

Nos separamos. Resultaba paradójico, pero así era. Un polimorfo centraba todas nuestras esperanzas. Aunque quizá no fuera capaz de lograr nada, como no habían sido capaces de lograrlo en su lejano mundo invadido.

* * *

Lo encontré en el sótano.

Estaba durmiendo apaciblemente cuando le desperté. Gruñó algo, se frotó los ojos y me miró con desaliento.

—¡Oh, no! —farfulló, sentándose en la ropa vieja que le había servido de improvisado lecho. Con un bostezo, añadió—: ¿No habíamos quedado en que dormirías hasta que yo subiera a…?

—Era lo convenido, sí. Pero hay cosas que han cambiado.

—Bueno, lo siento —meneó la cabeza de lado a lado—. Me dormí, porque vuestro aire respirable es más denso que el de mi mundo, y siempre me produce sueño. Pero ahora ya estoy despierto otra vez. ¿Qué tal si terminamos de una vez, amigo? Cuanto más se prolongue todo esto, peor para ti.

—Te dije que las cosas han cambiado, Zirky.

—¿En qué sentido? —Volvió a bostezar.

—En un horrible, sentido, amigo. Ya es perfectamente inútil que te posesiones de mi estructura física y de mi mente para continuar la vida en la Tierra. No te servirá de nada.

—¿Qué pretendes decirme con eso? —El tono de Zirky era burlón.

—«Aquello» ha llegado a la Tierra, Zirky. Está invadiendo el planeta.

—¿Aquello? ¿Qué es «aquello»?

—Los vegetales… y el barro. Los azotes de tu planeta.

—¡Oh, no!

—Sí, Zirky. Nos rodean. Estuvieron a punto de matar a Lena, en un charco de barro voraz. Han cortado el televisófono, nos han

aislado del mundo, Zirky.

Me contemplaba con aire de duda. Luego, meneó la cabeza, como si algo le irritase.

—¿Esperas que me crea eso, amigo? —dijo inesperadamente, echándose a reír.

Así era Zirky. Me quedé mirándole, boquiabierto. Él aún reía cuando añadió:

—Mira, John Smith. Eres un muchacho muy listo e imaginativo. No estás de acuerdo con lo que vamos a hacer, y me parece bien. Pero me duele que quieras engañarme con esos trucos. Yo siempre te he sido leal. Tu invención no va a cambiar ya las cosas. Trata de entenderlo, amigo. No es por «mi» culpa. Mi pueblo me lo exige. Yo debo hacerlo, por encima de todo. Es inevitable.

—¡Oh, Zirky, basta ya! ¡Trata de entenderme tú a mí! —aullé, perdiendo los estribos—. ¡Los vegetales existen! ¡Y el barro también! ¡Lo están invadiendo todo! ¡Ya no te serviría de nada ser un terrestre! ¡Ni a ti ni a ninguno de los tuyos! ¡No tiene objeto, puesto que vuestro enemigo se ha desplazado detrás de vosotros!

—Es lo que tú dices —aseguró él, risueño—. Pero ¿cómo sé yo que eso es lo cierto?

—¡Asómate y lo verás, maldito seas! —Me enfurecí.

—Creo que eso es otro de tus trucos. No tengo por qué moverme ya de aquí, John Smith. Será mejor que nos dejemos de rodeos. Voy a cumplir mi misión contigo.

—¡No, no! —grité, extendiendo un brazo—. ¡No puedes hacer eso! ¡Espera, Zirky! ¡Por el amor de Dios, debes creerme!

—He esperado mucho, amigo. Y sólo consigo sufrir, pensando que voy a causarte un gran daño, tanto a ti como a Lena. Será mejor así. Ahora mismo, amigo. Es por el bien de todos…

—¡Por Dios, espera! —gemí—. ¡Tienes que escucharme, tienes que asomarte ahí fuera, antes de… de hacer nada!

—Ya basta, amigo. ¿Crees que los demás polimorfos no me hubieran avisado ya telepáticamente, de ocurrir algo anómalo? Lo siento, John Smith. Pero esto tenía que ocurrir, de cualquier modo. Te aseguro que no sufrirás nada ni sentirás el menor dolor. Solamente una especie de sopor, de relajación total, y luego…

El sopor, la relajación, empezaron a adueñarse de mí. Me sentí perdido, abocado a un desastre. Al fin mi amigo Zirky se había

cansado de aguardar. E iba a penetrar en mí, fundiéndose con mi físico y mi mente, aniquilando todo rastro de John Smith, el ciudadano de la Tierra.

Quise luchar con el sueño, con el agotamiento paulatino de mis músculos y nervios, y no pude. Se me cerraban los ojos, me abandonaba toda resistencia…

Y Zirky, sonriendo benignamente, se acercaba a mí. Amistoso, amable, encantador. Sí. Encantadoramente mortal…

De un momento a otro se efectuaría la transmutación de un polimorfo en ciudadano de la Tierra. Sería definitivo.

Iba a sacrificarme, sin saber que eso no les serviría ya absolutamente para nada.

Él no creería nunca la verdad. Mi verdad. Por eso iba a consumar el hecho para el que habían venido los polimorfos a la Tierra, en aquella noche del mundo. Que sería también la noche para los propios polimorfos, vencidos de nuevo por el pavoroso enemigo de allá fuera.

Zirky estaba ya sobre mí. Empecé a sentir una confusión extraña. Era el principio de la fusión entre Zirky y yo.

CAPÍTULO V

ZIRKY Y NOSOTROS



ue entonces cuando el crujido sacudió los muros del sótano, como los de toda la casa. Algo se quebró, allá sobre nuestras cabezas, y se percibió el fragor de vidrios pulverizados.

Y con todo ello, en medio del estremecimiento de la casa, un grito.

Un grito agudo, terrible, se esparció por la casa, lleno de pánico y angustia.

—¡Johnny, socorro! ¡Están aquí! ¡Entran en la casa!… ¡Las plantas, el fango!… ¡Todo!

Era Lena quien gritaba. Yo luché furiosamente con mi sopor y mi agotamiento físico, sin gran resultado. Sentía, veía y oía. Pero era incapaz de moverme. Como un muerto en vida.

—¡Lena, Lena! —musité entre dientes, convulso, sin reaccionar

siquiera.

Entonces Zirky se echó atrás. Miró a lo alto, escuchó él también, y yo me sentí liberado. Liberado de su influencia, de su magnetismo. Fui capaz de combatir sueño y fatiga, de correr, aunque fuese débilmente, hacia la escalera que ascendía desde el sótano, mientras Lena volvía a gritar, y la casa crujía de nuevo, como fácil presa de un terremoto. Nuevos vidrios volvieron a quebrarse estruendosamente en algún lugar.

Zirky corría tras de mí, al parecer muy preocupado y olvidándose por completo de mí. Llegamos a la planta alta cuando una Lena mortalmente pálida y convulsa corría a la desesperada para huir de la pavorosa amenaza que se introducía en casa.

Oí el aullido de Zirky, su horror ante aquello que ahora penetraba, sinuoso y en movimiento, como un gigantesco y grueso reptil devastador, quebrando madera, materiales plásticos de la construcción, vidrios e hierros, para buscar con sus enormes tallos nervudos, salpicados de pinchos y ventosas, los cuerpos humanos que allí moraban.

—¡Era cierto! —chilló Zirky, el polimorfo—. ¡Las plantas! ¡Las plantas y el barro!

Señalaba al suelo, a las rendijas abiertas en la casa por las grandes plantas vivientes. Una serie de regueros achocolatados, hirvientes y siniestros, iban adueñándose de todo, invadiendo los suelos alfombrados, como una alucinante masa viva, sin forma ni estructura, pero no por ello menos peligrosa y mortífera.

Zirky hizo alarde de sus portentosas facultades ante nosotros, transformándose súbitamente, con una llamarada dorada, en una enorme ave desconocida para nosotros, de plumaje plateado y agudísimo pico. Con un chirrido, la nueva forma del polimorfo se precipitó sobre la planta. La picoteó brutalmente, desgarrando el tallo, que dejó de acosar a Lena para, deshilachado y rezumando una extraña pulpa de color amarillento, ir desmoronándose, hasta yacer inerte junto a los regueros del silente, peligrosísimo barro voraz, que nos buscaba como un enemigo solapado, feroz alucinante.

—¡Cuidado! —jadeó Zirky, de nuevo en su anterior forma humana—. ¡Ese barro, aunque sea poco, puede aniquilarnos a todos! ¡Es una materia mortal, corrosiva y absorbente! ¡Huid de

ello, amigos! ¡Escapad antes de que sea tarde!

Los crujidos sobre la casa se repetían en otra ala del edificio. Imaginé que, por todas partes, las plantas gigantescas, crecidas en cuestión de momentos, terminarían por invadirlo todo, arrollarían la vida en la casa y lo destrozarían todo en un escaso margen de tiempo.

—¿Te convences, Zirky? —dije roncamente—. Son los mismos de tu planeta, ¿verdad?

—Sí, pero no sabía que hubiese llovido, ni que hubiera sido visto el disco púrpura.

—¿El disco púrpura? —pregunté con un parpadeo—. ¡Yo vi uno! Era como una luna purpúrea, tras las nubes. Desapareció enseguida, Zirky.

—¡La misma «luna maldita» que vimos nosotros en nuestro planeta, antes de suceder aquello! —gimió Zirky—. ¡Y la «lluvia maligna»!

—Sí, Zirky, todo igual. Es lo que pretendí decirte antes.

—Perdona, amigo. —Me miró plañidero—. ¿Cómo podía imaginar yo que era cierto? Estuve a punto de hacer lo irremediable. Como tú decías, es un sacrificio que no hubiera servido absolutamente de nada.

Asentí, sin perder de vista los regueros de fango, cada vez más abundantes. Ya no eran los vegetales gigantes los que me preocupaban. Lo realmente terrible era aquel barro vivo, voraz y malévolo, que nos buscaba con mortal insistencia.

—De cualquier modo, Zirky, no se hubiera perdido gran cosa —musité—. Vamos a ser aniquilados aquí por este nuevo invasor, mucho más terrible que vosotros, los polimorfos.

—Aniquilados, sí. —Movió tristemente la cabeza—. Sin remedio, John Smith. Sin remedio…

—¡Tiene que haber un medio de luchar, de salir de aquí! —replicó Lena, enérgica.

—No lo hay —sostuvo Zirky—. Ya una vez fuimos vencidos por ese poder infernal. Toda lucha es inútil. Siempre termina uno por perder. Habiendo llegado a la Tierra, todo está perdido. Para nosotros y para vosotros, amigos.

—No admito eso —negué, violento—. ¡Tiene que existir una posibilidad, Zirky! ¡Debemos defendernos! ¡Luchemos!

—Pero ¿cómo?

—No sé; luchando. Sea como sea. De momento, salgamos de aquí. Ganemos algo de tiempo, amigo. Tú puedes lograr eso con más facilidad que nadie.

—¿Te refieres a proyectarnos al espacio?

—Sí, eso mismo. Vayamos a algún otro lugar, Zirky.

—Será inútil. La Tierra se irá poblando de plantas y de barro criminal en pocas horas. Lo que iba a ser nuestra noche, es ahora la de ellos. Les bastará poco tiempo para ganar la batalla en toda línea, podéis estar seguros.

—No hablo de la Tierra. Vamos a otro lugar, Zirky. Llévanos a tu planeta.

—¿Mi planeta? Pero ¡si ya viste cuál es su estado actual, amigo!

—No importa. Llévanos allá. Puedes hacerlo. Viajemos contigo hasta ese lejano mundo, y estudiemos allí la forma de hacer algo eficaz. Por los tuyos, por los míos, por nuestros planetas y, a ser posible, por el resto del universo.

—Será inútil. No hay forma de luchar contra lo que viene del espacio. En esa lluvia van las semillas invisibles que dan vida a esas plantas monstruosas. Y también a ese barro. Eso es todo. Donde cae, crece, se desarrolla y devora. Un proceso simple y atroz. No hay remedio, amigo.

Miré al barro que se movía, encharcando ya casi todo el suelo. Únicamente nos quedaba el nivel elevado de aquel tramo de escalera, adonde el barro no podía subir aún. Pero tampoco nos dejaba salida alguna. Lo veía burbujear, malévolo, al pie de los dos escalones. Si crecía la invasión de fango, nos daría alcance.

—Donde no hay remedio es permaneciendo aquí —observé roncamente—. Si no salimos pronto moriremos sin remedio, aniquilados por esa furia sorda, maldita… ¡Vamos, Zirky! ¿Nos llevas contigo a tu planeta?

Reflexionó unos momentos. Sin duda, el crecimiento de un par de pulgadas en el nivel del fango invasor le decidió definitivamente.

Meneó la cabeza, afirmando.

—En marcha —dijo—. Tomad mis brazos. Tú a un lado, John Smith. Tú a otro, Lena. Viajaremos por el vacío sideral. John Smith ya conoce esa experiencia. Tú no, mujer. No te sueltes de mí por nada del mundo. Mientras exista el contacto, existirá la

transformación, disgregación y acumulación de átomos, necesaria para el traslado a ultradistancias. ¿Entendido, Lena?

—Sí, Zirky —asintió mi prometida, casi con una expresión de simpatía hacia el bueno del polimorfo, quizá por primera vez desde que lo conociera—. Entendí por completo. Confía en mí.

—Vamos, entonces.

Y fuimos.

Seguramente el fango y las plantas asesinas debieron de llevarse una tremenda decepción al ver que la casa quedaba repentinamente solitaria. Cuando nuestros cuerpos se disgregaron en su materia, al ser proyectados hacia las remotas regiones del espacio, los átomos que los constituían, los devoradores de vidas planetarias se quedaron sin su presa más inmediata. Su voracidad cruel quedó así burlada.

Aunque sólo fuera por el momento.

* * *

Igual que en el anterior traslado de mi materia vital, física e incluso metafísica, en el prodigio del transporte a ingentes distancias de los átomos reducidos a simple luz de ignorada frecuencia, el viaje terminó pronto. Muy pronto.

Y, sin darnos cuenta apenas, Lena y yo volvimos a ser quienes éramos. Sólo que en vez de pisar nuestro viejo y conocido planeta, estábamos sobre un suelo ignorado, el mundo muerto de los polimorfos. El mundo de nuestro buen amigo Zirky.

—¡Johnny! —Fue lo primero que oí—. ¡Johnny, no estamos en nuestro mundo!

Era Lena, naturalmente. Tenía toda clase de motivos para sentirse perpleja, estupefacta y todo eso. Era su primer viaje espacial, por el sistema de disolución de átomos y su confluencia en otro punto distante. Pero aun así, su asombro se me contagió. A mí, que ya conocía el planeta de Zirky. Aquel planeta se me presentaba ahora con una nueva faceta. Una faceta asombrosa, que ninguna relación tenía con todo lo que vi en mi anterior vuelo sideral.

Sinceramente, ya no era el mismo lugar.

—¡Eh, Zirky! —aullé, volviéndome a nuestro amigo, el polimorfo—. ¿Seguro de que no te has equivocado?

—¿Equivocado? —Gruñó Zirky, mirándome con asombro infinito—. ¿En qué, John Smith?

—Diablo, en esto. —Le señalé el planeta, el mundo y ambiente que nos rodeaba—. ¡No es el mismo lugar que visitamos antes… o hemos tomado por meta un punto muy diferente!

Zirky parpadeó. Evidentemente, aún no había mirado alrededor. Cuando lo hizo, le vi tan sorprendido y confuso como a la propia Lena. Lo miró todo como si, en vez de ser su mundo, estuviera en una casa prestada, en un planeta que veía por primera vez. Y que desconocía por completo.

—No… No puede ser —musitó—. Esto…, esto es Olympus, mi mundo. ¡No puede existir error!

Volví a mirar el lugar donde nos hallábamos. Tal vez no existía error. Pero, ciertamente, era como visitar un planeta desconocido, que en nada se parecía al anterior ya visitado por mí, en las horas de aquella tarde imborrable y decisiva.

Nos hallábamos, eso sí, en una cima cristalina, verde esmeralda, de luz y fulgores pasmosos en sus facetas y aristas. Pero luego ni fango ni plantas gigantescas ni nada de eso.

En vez de ello… metal.

Metal, sí.

Una gran llanura rígida, tersa, dura, color cobre oscuro. Con un brillo apagado, con una superficie lisa, metálica, hosca. Y de ella, como árboles de un decorado fantástico, ramajes y arbustos, plantas y tallos… en metal. Metal por doquier, igual que si todo un mundo se hubiera trazado y realizado por un demente, en una maqueta de bronce y cobre realmente fantasmagórica y fabulosa.

Un desierto cobrizo, unos árboles, plantas o ramajes de bronce, reflejos fríos y duros por doquier. Una llanura digna de un sueño surrealista. Un mundo de pesadilla, de apocalipsis. Muerto, duro, frío, imperturbable.

Me estremecí y cambié una mirada con Lena, otra con Zirky. Ninguno entendíamos lo sucedido. A nuestros pies, el suelo parecía fingir burbujas o espuma petrificada. El metal las había dejado inmóviles, fijas quizá por una eternidad. Aquel metal lo invadía todo. Todo, excepto la cima verde esmeralda de nuestro refugio.

—Parece… el mismo lugar —susurré, vacilante.

—¡Es el mismo lugar! —me rectificó Zirky—. ¡Estamos en la

Cumbre Verde de mi planeta! ¡El barro no llegó aquí… y se hizo metal!

—El barro convertido en metal. Y las plantas también. —Me encogí de hombros, escéptico—. ¡Eso parece increíble!

—¡Amigo, mira esto! ¡Debes recordarlo! ¡Es el mismo lugar! Pero, de entonces a acá, el fango mortal se ha petrificado, ¡se ha transformado en una superficie metálica!

Traté de comprobar eso con mis propios ojos, y ya no me sentí tan escéptico. Ciertamente, Zirky podía tener razón. Es más, debía de tenerla ante lo que veían nuestros ojos.

Era el mismo sitio. Pero ahora el fango y las plantas mortales, eran metal. No podía explicarme el proceso del inaudito fenómeno. Sólo sabía que estaba viendo el mismo lugar que viera antes, pero deformado por una posterior e inexplicable metamorfosis de los vegetales y de la tierra enfangada, convertidos en materia totalmente metalizada.

—El misterio aumenta —comenté con voz ronca—. Primero, un alud de plantas gigantescas, de colosal desarrollo, y un mar de barro asesino, devorador. Luego… metal. ¿También vivo, Zirky?

Me miró, sin entenderme. Yo le hablé escuetamente ahora. Sólo con unas pocas palabras:

—Es posible que también este metal… devore.

Me incliné y, como él hiciera antes, tomé uno de los preciosos fragmentos de esmeralda gigantesca. Lo arrojé contra el desierto metálico.

Rebotó hueca, sordamente. Su sonido, a cada rebote, se hizo más profundo y extraño. Era… era como el tañido de una campana. Una campana ingente, fabulosa.

Luego la esmeralda se inmovilizó en medio de la llanura cobriza. Inerte, quieta. Nadie la devoró ni absorbió. El metal, aparentemente, era una auténtica materia muerta. Lo que tenía que ser, de acuerdo con su estructura y naturaleza.

—La muerte total —suspiré—. Muerte de los seres que vivieron aquí, de tus semejantes polimorfos, Zirky. Luego la muerte de la materia destructora. Y, con ello, la muerte del planeta. El fango, las plantas, absolutamente todo, se reduce a metal. Es una transformación misteriosa.

—Pero ¿por qué? —se asombró Lena, que era una muchacha

llena de ideas razonables y de buen sentido lógico.

La miré, asombrado. Hubiera querido contestarle a eso, pero la verdad es que no tenía la menor idea de la causa del fenómeno.

—No…, no sé —musité—. No parece existir una razón normal. Nada es normal desde hace algún tiempo, Lena. ¿O pretendes decirme que la existencia de una gente como Zirky y sus hermanos de raza, el viajar por el espacio sin medios de locomoción y el enfrentarse a una invasión súbita de vegetales y de fango mortal son cosas normales y lógicas?

—No, nada es normal ahora, Johnny —admitió Lena—. Yo sé que todo esto que ahora nos sucede carece de sentido y de lógica, en la dimensión que nosotros conocemos ese sentido y esa lógica en la Tierra. Pero tenemos que hacernos a una idea, tan vieja como el mundo mismo: cualquier forma de vida es posible en el universo, Johnny. En los más remotos confines del universo puede haber cosas que nos horrorizarían o nos harían dudar del equilibrio de nuestra razón. Y, sin embargo, allí donde sucedan, serán cosa normal, razonable, perfectamente comprensible y verosímil.

—Sí, eso es lo que nos sucede —dije, con un jadeo—. No estamos preparados para afrontar este caos en que nos hallamos metidos, Lena. Pero, de cualquier modo, sucedió. El barro y los vegetales carnívoros se convirtieron en metal. Como en un viejo y anacrónico relato de hadas o en una imposible aventura de caballería de la Edad Media.

—Habláis mucho —gimió el bueno, el infortunado Zirky, que ahora me pareció sorprendentemente desvalido y mísero ante el frío, silencioso final de su mundo, auténtica tumba de bronce y cobre, panteón de superficie metálica y de eterno mutismo—. ¿No podéis decir algo que me ayude a entender, que me haga ver más claro en esto?

—Sí, Zirky. Hasta un polimorfo, un ser superdotado por Dios, con relación a la humana criatura del planeta Tierra, puede pedir aclaraciones, luz en las tinieblas —dije, ceñudo, reflexionando con intensidad sobre aquello que, fantásticamente, estábamos viviendo —. Trataré de decir algo que entiendas, pero aún no sé siquiera si lo entenderé yo.

—Prueba al menos, amigo —me dijo, con patética sencillez, dejándose caer sentado en una esmeralda que tenía forma de

pirámide truncada—. Prueba, ¿quieres?

Probé. No hubiera podido negarme, ante la expresión suplicante de mi amigo, el polimorfo.

—Creo que esa invasión de plantas y de fango tienen su origen en la lluvia que cae sobre los mundos elegidos para el desarrollo de ambas plagas. ¿Llovió mucho en tu mundo, Zirky, antes de suceder esto?

—Mucho, sí. Una lluvia fría, menuda, que a veces parecía nieve.

—Eso me pareció también a mí, cuando la sentí caer en mi jardín —asentí despacio—. No es que fuese nieve, sino que no era solamente lluvia. Es decir, mezclada con el agua, debe de caer la semilla de esos vegetales, y se desarrolla rápidamente, en un proceso fulminante y arrollador, al que contribuye esa misma lluvia que acompaña a la siembra del terreno mojado. Simultáneamente, Zirky, creo que empieza a formarse ese barro denso y vivo, que absorbe y engulle con la misma voracidad que las arenas movedizas de un pantano terrestre. Así, ambas fuerzas se conjugan y complementan, hasta dominarlo todo y aniquilar todo rastro de vida. Después…

—¿Después? —insistió Zirky, ante mi pausa.

—Después viene esta nueva metamorfosis, que convierte el barro y las plantas en metal. Es como un proceso, una evolución que no logro explicarme, porque nada tiene que ver el barro y los vegetales con el metal. Son formas de vida muy diferentes entre sí.

—¿Cómo podría explicarse?

—Por su origen, Zirky.

—¿Su origen?

—Hablaste de un astro, de un disco color púrpura que viste en el cielo, cuando comenzó este fenómeno, Zirky.

—Sí…

—Bien, yo también lo vi. Apareció sobre mi jardín justamente antes de iniciarse la lluvia misteriosa. Eso parece tener una relación directa. Muy directa, diría yo.

—¿En qué sentido, John Smith?

—En el sentido de que ese misterioso cuerpo purpúreo provoca la lluvia.

—¿Una nave espacial gigantesca, capaz de crear una lluvia mortal, que siembre semillas de destrucción en los mundos? —

terció Lena, fascinada.

—Algo así. Puede ser una gran nave o un asteroide. Incluso un planeta viajero, natural o artificial, que provoca el horror viviente.

—¿Un fenómeno sideral, una especie de desastre cósmico que siembra la muerte?

—Puede ser simplemente eso: un fenómeno, provocado por el contacto de un planeta o asteroide con determinadas capas estratosféricas o ionosféricas, que producen esa lluvia fatal, sin intervención de voluntad alguna. O también…

—O también ¿qué, Johnny? —se interesó vivamente Lena, sin quitarme la vista de encima.

—O también puede existir una voluntad viva, inteligente. Unos seres de cualquier forma de vida, que producen la lluvia intencionadamente.

—¡Un ataque premeditado! —gimió Zirky—. Pero ¿por qué?

—¿Por qué? —Solté una breve risa—. ¿Imaginas si mi gente preguntase por qué vosotros, los polimorfos, nos atacáis para dominar la Tierra? ¿Qué respuesta les darías tú?

—Oh, es diferente —protestó Zirky—. Nosotros lo hacíamos por sobrevivir.

—Por sobrevivir —asentí despacio—. Es una razón egoísta, pero una razón al fin. Destruir a los demás para no perecer uno. Admitámosla como terriblemente lógica. También hay fieras selváticas que matan por sobrevivir. Pero hay otras que matan por el simple placer de matar. Asesinos natos, como el tigre o la serpiente, como el escorpión o la araña venenosa. ¿Por qué matan? Porque destruir es un placer para ellos. Puede existir una raza estelar de las mismas características de nuestras alimañas crueles y feroces. Igual que existen polimorfos que matan por vivir, pueden existir especies vivas e inteligentes que maten por simple afán de hacerlo. Porque les gusta aniquilar a otros, aunque nada ganen en el empeño. ¿Empiezas a comprenderme ahora, Zirky?

—Sí, creo que sí —resopló el polimorfo—. Empiezo a comprender muchas cosas. Pero también comprendo algo: no sobreviviremos nadie a ese azote. La lluvia de la muerte recorrerá todos los rincones del universo y, allí donde vea señales de vida, derramará sus semillas y su agua mortal. No hay defensa posible contra un fenómeno así. Nosotros perecimos, la Tierra perecerá… y

otros mundos seguirán su mismo destino inevitable.

—Es lo que parece —confirmé—. Pero uno no puede darse por vencido previamente, sin intentar todo lo posible por evitar el fracaso. En una palabra, Zirky; se debe luchar.

—Luchar —jadeó Zirky—. No sirve de nada. Nosotros luchamos. Y perdimos la batalla. Vosotros ibais a luchar conmigo y con los míos, allá en la Tierra. También hubierais perdido. ¿Qué podéis hacer ahora, siendo más débiles que nosotros, para enfrentaros a un peligro así?

—Tal vez no hagamos nada —sonreí, con gesto ensombrecido—. Pero habrá valido la pena de intentarlo por todos los medios a nuestro alcance, Zirky. A veces, no es ganar o perder lo que cuenta, sino intentarlo con todas las fuerzas. La voluntad y la fe hacen milagros.

—En esta ocasión, no creo que sea así.

—Es posible que no. Pero eso está aún por ver, Zirky. Y lo veremos, puedes estar seguro.

Hubo un silencio. Los tres continuamos en aquella riquísima, fabulosa montaña verde, hecha de esmeraldas, de verdes y enormes cristales valiosísimos, rodeados por el terso e inmutable mar de metal endurecido.

Zirky se sentó casi cómicamente en un borde de la montaña verde, meneando su cabeza con desaliento. Ya no parecía el polimorfo burlón y risueño de la Tierra, con sus salidas entre maliciosas e ingenuas. Era un pobre ser abatido, que veía perderse definitivamente su última ocasión de sobrevivir. Ellos, los polimorfos, habían elegido un mundo nuevo para desarrollarse, sacrificando todo lo que fuera preciso a su supervivencia. Y, de pronto, comprendía que todo era inútil. Que el mundo elegido era ya tan ruinoso y lleno de peligros mortales como su propio planeta aniquilado por una fría muerte, primero vegetal y fangosa, y posteriormente metálica.

Y se veía en un callejón sin salida. Se veía, definitivamente, abocado a su final. Un final que también sería el nuestro.

—Opino como Zirky —dijo repentinamente Lena—. No hay absolutamente nada que hacer, Johnny. Nuestras pobres fuerzas de criaturas humanas no tienen la menor posibilidad frente a ese peligro que llegó de algún lejano e ignorado rincón del universo.

Intencionado o simplemente natural, el peligro de muerte que llueve del espacio, que arrasa planetas y destruye vidas, es demasiado grande y poderoso para que nuestra voluntad de lucha y de supervivencia signifique algo positivo.

—¿Eso crees tú? —pregunté roncamente.

—Claro, Johnny. Quisiera pensar de otro modo, y no puedo. ¿Tú no estás de acuerdo conmigo?

—No.

—¿Crees que hay una posibilidad, una sola?

—Sí, lo creo.

—Bien —suspiró Lena—. Y ¿cuál es esa posibilidad?

—La tenemos aquí, con nosotros. —Me volví a mi amigo, el polimorfo—. Esa posibilidad… eres tú, Zirky.

CAPÍTULO VI

EL TERCER VIAJE



arpadeó con un aire perfectamente estúpido. Luego boqueó, antes de decirme con torpeza:

—¿Has dicho…, has dicho que soy yo, John Smith?

—Sí, Zirky —sonreí.

—¿Yo soy la posibilidad? ¿La posibilidad de derrotar a… a «eso»?

—Justamente —repliqué, mirándole fijamente.

—Es posible que ese metal maldito trastorne el cerebro de la gente —se lamentó, con aire lúgubre—. De otro modo, no me explico que mi inteligente amigo John Smith hable de esa forma.

—Puedes pensar lo que quieras —reí, mientras mis ojos recorrían incesante, pensativamente, la inmensa llanura cobriza, con sus fantasmales plantas de bronce petrificado—. Pero sé lo que

digo, Zirky. Aún no he perdido el juicio.

—Y ¿qué podría hacer yo, John Smith, si ni siquiera supe qué hacer para evitar el desastre de mi propio pueblo? ¿Cómo me sería posible ayudaros ahora y ayudarme a mí mismo?

—En tus manos está el medio. Si no de lograrlo, sí de intentarlo, Zirky. Dios, sabio Creador, te dotó de facultades que ningún terrestre posee. Facultades que, acaso, no supisteis emplear para vencer a vuestros enemigos del espacio.

—El hecho de que podamos cambiar de forma, de estructura y materia, ¿puedo servir de algo frente a esa horrible cosa?

—Sí, Zirky —afirmé, tan rotundo y categórico que no sólo sorprendí al polimorfo y a Lena, sino que yo mismo me sentí sobrecogido por mi propia seguridad en algo tan problemático e inseguro como era aquello en que estaba yo pensando.

—Bueno. Di cómo… y lo haré, John Smith.

—Gracias. Sé que lo harás.

—Ahora estamos unidos ante el enemigo común. Y, a pesar de todo, siempre fui tu amigo. Sólo que estaba obligado a hacer algo que no me gustaba. Ahora me siento desligado de esa obligación. Porque sé que la ocupación de la Tierra por mi raza no resolvería absolutamente nada. Dime, John Smith, lo que debo hacer.

—Llévanos a otro lugar del espacio. Tú puedes hacerlo con tu poder de proyección nuclear de la materia, a cualquier distancia, por inmensa que ésta sea.

—¿Otro viaje por el espacio, John Smith?

—Sí, otro viaje. Quizás el último, Zirky.

—¿El último? —Torció el gesto. Entendía bien lo que yo quería decir. Era curioso el instinto de conservación de los polimorfos, cuando se veían de alguna forma abocados a la muerte.

—Es un riesgo inevitable. A la larga, nos tendremos que encarar con él. Vale más que eso suceda cuanto antes, Zirky.

—Bueno, te escucho, amigo. ¿Adónde viajaríamos esta vez? ¿De vuelta a la Tierra? ¿Es allí donde quieres llevar a cabo el experimento definitivo?

—No —sonreí dramáticamente, seguro de que iba a darles un buen susto a él y a Lena cuando dijera lo que tenía que decir. Y eso sería ahora. Ahora mismo—. Vamos a ir a otro lugar en el espacio, Zirky.

—¿A cuál?

—Al asteroide púrpura. El que aparece cuando cae con lluvia de muerte sobre los planetas.

* * *

—¡No! ¡Al asteroide púrpura no!

Esperaba esa negativa. Le miré muy serio, y agité la mano, señalándole con dedo acusador como el maestro a un mal discípulo.

—Zirky —le reprendí—, recuerda que lo prometiste.

—Pero…, pero es que… es demasiado, John Smith. ¡Ese mundo de muerte puede aniquilarnos a todos, nada más llegar a él!

—Claro. Lo hará, de todos modos, vayamos adonde vayamos. Es evidente que no hay tampoco grandes distancias para ese asteroide. Suponiendo que sea uno solo, y no un millón en el universo, dispersos por distintas galaxias y sistemas solares.

—Y ¿quieres ir allá realmente? —musitó Lena, muy pálida.

—Sí, Lena —señalé alrededor nuestro el muerto, desolado lugar metalizado—. ¿Qué podemos hacer aquí? ¿O en la Tierra, esperando a que siga la misma suerte? Date cuenta de que hay un solo medio de enfrentamos con la realidad, y ésa es afrontar los hechos en su total crudeza. Si el enemigo es ese asteroide, vamos a ir a él, en vez de esperar a que él venga a nosotros.

Lena inclinó la cabeza. Parecía convencida por la veracidad de mis palabras.

—Tienes razón —dijo muy despacio—. Tienes razón, Johnny. Iré contigo. Hasta el confín mismo de los espacios, si es preciso.

—Gracias —oprimí con fuerza, con ternura, su brazo—. Sabía que lo entenderías. ¿Qué dices, Zirky?

—Está bien —lloriqueó infantilmente—. Se hará como dices, amigo. Iremos al astro púrpura.

Estiré mi mano, oprimiendo la suya con fuerza. Lena se puso al otro lado del bueno y asustado de nuestro camarada, el polimorfo. Zirky me pareció, más que nunca, un niño débil y medroso.

—¿Ya, amigo? —insistió, vacilante.

—Sí. Ya, Zirky —afirmé, rotundo.

Cerró los ojos. Apretó con fuerza nuestras manos. Luego, súbitamente…

Nuestra materia se proyectó, desintegrada repentina y violentamente. Nos fuimos al espacio, volatilizados por completo. Iniciamos el viaje fantástico a un nuevo y desconocido lugar, en el espacio.

Quizás era el viaje de la muerte.

Ahora, incluso yo tuve miedo. No sabía lo que nos esperaba en el astro púrpura. Y lo desconocido fue siempre lo que más me aterró.

Ahora lo desconocido nos esperaba.

¿Qué habría en ese mundo ignorado y siniestro, que llevaba el horror por dondequiera que fuese?

* * *

Una eternidad de total abandono de la materia y de las formas universales. Una eternidad o acaso una décima de segundo de viaje por el cosmos inconcreto que carecía de formas, colores y sensaciones.

Un vacío rápido, fulminante y sin emociones. Un paréntesis en las vidas de los seres tridimensionales, proyectados a la nada.

Luego… fin del viaje.

Zirky, el polimorfo, había llegado con sus dos viajeros; con Lena y conmigo.

Estábamos en alguna parte. En un mundo sólido bajo nuestros pies.

La impresión de ligereza, de ingravidez e insensibilidad, terminó. Me sentí solo y macizo, como había sido ya antes. La travesía de lo imposible se había realizado una vez más. La facultad portentosa de los polimorfos lo hizo posible.

—Hemos llegado —fue lo primero que susurré, antes siquiera de intentar respirar el aire que pudiera rodearnos. Si es que existía ese aire, allí adonde habíamos ido por voluntad propia.

—¿Adónde, Johnny? —musitó sombríamente Lena, a mi lado.

Si yo hubiera podido responderle… Pero no sabía nada de nada. Y Zirky parecía tan desconcertado como nosotros. Miraba alrededor. Yo también.

No vimos nada; la niebla lo impedía.

Nunca vi una niebla más densa y extraña. Tenía un raro color

cárdeno, de reflejos purpúreos. Nos envolvía como una masa algodonosa, espesa y agobiante. Igual que si fuera humo del infierno, con el fulgor de las llamas satánicas reflejándose en sus altas capas gaseosas.

Miré a mis pies. Me estremecí. Ni siquiera se veía el suelo. Era como avanzar por el aire, con los pies envueltos en un humo que se enroscaba en torno a las piernas, como sierpes de vapor espeso y lento. Me recordaba el vapor de los pantanos, o el que provoca el hielo sintético a su contacto con el agua.

—Si existe algún lugar parecido al infierno, no cabe duda de que es éste —murmuró Lena, estremecida—. ¡Qué espantoso! Y este olor que emite el aire mismo, que entra en los pulmones y casi asfixia…

—Es un aire pesado y venenoso —comenté, al sentir la opresión tóxica sobre mis pulmones—. Tiene oxígeno o helio, evidentemente. Al menos, en la proporción mínima para que no nos resulte mortal, pero creo que su mayor parte está formado por metano, en mezcla con el hidrógeno y una parte de oxígeno o helio, como he dicho.

—¿Puede dañarnos? —preguntó Lena.

—A la larga, sí —afirmé gravemente—. No creo que podamos soportar este aire nocivo mucho más de diez o doce horas. Al final, nuestro organismo se intoxicará paulatinamente, hasta aturdirnos. Es como ir respirando un gas tóxico, no demasiado intenso, pero de acción paulatina sobre el organismo.

—Diez o doce horas… —repitió Lena—. Apenas si tendremos tiempo de hacer algo, Johnny.

—Tiempo… —Apreté los labios, casi furiosamente—. Disponemos de tan poco tiempo en realidad, Lena… No sólo por el gas tóxico de este ambiente, sino porque allá, en la Tierra, ahora deben de estar a punto de caer aniquilados por el poder mortal de esas plantas y fango voraces.

—Sí, Johnny. Pero no puedes erigirte en defensor absoluto de la humanidad. No estás capacitado para eso. Nadie lo está, en realidad, si una especie poderosa como la de los polimorfos ha fracasado en el empeño.

—A pesar de ello, Lena, hemos llegado aquí.

Avanzábamos por entre la masa algodonosa, por su juego diabólico y deslumbrante de fulgores cárdenos y púrpura, por entre serpenteos extraños, alucinantes, de vapor frío y húmedo, de gas

turbio y luminoscente. Pero caminábamos con nuestras manos enlazadas, evitando a toda costa el distanciarnos en la bruma pastosa. Un distanciamiento de que, una vez perdidos, jamás volveríamos a encontrarnos en aquel dédalo terrible de vapores y nieblas del infierno.

—¿Y qué, Johnny? Hemos llegado aquí, pero ni siquiera sabemos dónde estamos, qué es lo que nos rodea, y qué vamos a hacer para lograr algo.

—No importa. Lo único importante es haber llegado. Estar aquí, Lena. Cuando hemos llegado, es porque estaba escrito en el libro de nuestro destino que así había de suceder. Y las cosas suceden siempre porque algo ha de venir de ella. En especial, las cosas importantes. Como ésta…

Yo sujetaba con fuerza a Zirky con una mano y a Lena con otra. No les dejaría extraviarse en el laberinto gaseoso. Lena, era mi vida toda. Zirky era nuestras dos vidas. Sin él, nunca saldríamos de allí. Nunca volveríamos a la Tierra ni a parte alguna.

—Creo que, para esto, hubiera sido mejor no venir —comentó Zirky—. No vemos nada, no sabemos ni siquiera dónde estamos ni qué suelo pisamos. Es como andar sobre nubes, John Smith.

—«Como andar sobre nubes»… —Me volví a Zirky. Mi amigo quizá había acertado en algo. Oprimí mis pies contra el invisible piso. Luego, taconeé una vez tras otra.

No oí ruido alguno. No percibí solidez alguna. Me incliné en la niebla, hasta ocultar mi cabeza entre los serpenteos de denso vapor que reptaban por mis piernas.

Lo que temía se confirmó. Mis dedos rozaron el piso que nos servía de soporte en la niebla. Pero lo realmente terrible, lo alucinante, fue que mis dedos rozaron la nada. Concretamente, bajo las suelas de mi calzado, toqué… el vacío.

Estábamos caminando sin suelo, sin piso firme, sin nada debajo. Realmente, flotábamos en la niebla.

¡Flotábamos!

Los tres íbamos caminando por un suelo que no existía.

CAPÍTULO VII

PESADILLA PÚRPURA



lotamos! —musitó Lena cuando yo se lo referí en voz baja—. ¡No, Johnny!

—Es lo que sucede. Caminamos sobre un vacío absoluto. Entre niebla. Quizá también sobre niebla. Pero nada más.

—¿Es posible?

—En nuestro mundo, no es posible. Aquí, sí. Las cosas no son iguales en todo el universo, Lena. De ahí el error de los hombres en muchas cosas que se dan por ciertas. Si las formas de vida varían, ¿por qué no ha de variar el ambiente, la naturaleza, la materia misma que rodea a criaturas de otras galaxias?

—Pero ha de tener una explicación.

—¿La tiene la totalidad misma de la Creación, los misterios insondables del universo, Lena? —Moví la cabeza de un lado a otro —. No, no creo que haya explicación de ninguna clase. Si acaso,

estamos pisando una especie de suelo magnético, de barrera creada por magnetismo, que nos mantiene en un equilibrio y gravitación totalmente artificiales… sobre el vacío de este planeta.

—¿Puede ser todo el planeta una enorme masa de vapor purpúreo?

—Podría serlo, sí. En realidad, nada sabemos de él ni de su estructura. Pero Zirky podría ayudarnos otra vez.

—¿Yo? —El pobre Zirky estaba ya tan desconcertado que parecía un fantasmón sujeto a nosotros por simple inercia. Su voz era ya un simple gemido, cuando me interpeló—: ¿En qué, John Smith, amigo mío?

—Vamos a cruzar esa barrera magnética que nos sirve de suelo. Nuestros átomos dispersos pueden cruzarla y llegar al otro lado. ¡Vamos, Zirky! ¡Hazlo! ¡Llévenos a ver qué hay bajo esta capa de niebla!

—Está bien —suspiró, apretando nuestras manos—. No sé para qué puede servir pero ¡adelante!

Y adelante fuimos de nuevo.

* * *

La luz cegaba.

Era intensa, púrpura, deslumbrante. El suelo, el aire, absolutamente todo, parecía arder en torno nuestro. Con un calor de altos hornos, de enormes fogatas. El aire sí era irrespirable allí. Caliginoso, denso, agobiante. Cargado de metano y de tóxicos terribles, diluidos en la atmósfera delirante, infernal y aplastante que nos hacía derramar sudor, jadear sin aliento, que nos asfixiaba rápidamente, por momentos.

Zirky fue muy hábil y muy resuelto. Yo no hubiera podido indicarle nada. En aquel clima infernal, mis pulmones intoxicados quedaron paralizados, mi organismo todo parecía rezumar calor y veneno.

Zirky, después de todo, necesitaba como nosotros el aire respirable de los humanos. Por eso reaccionó sin esperar mis indicaciones. Rápidamente, provocó una nueva desintegración nuclear de nuestros cuerpos, a los pocos segundos de pisar el suelo cárdeno, fulgurante y abrasador, del planeta o asteroide enigmático.

Y volvimos a la superficie vacía, a la capa magnética que, sin duda, envolvía a aquel mundo aterrador, de auténtica pesadilla, formado por rocas candentes, ríos de lava y luz purpúrea.

Respiramos a pleno pulmón, de regreso al mundo del vapor y la niebla. Zirky me miró con cierta ironía.

—Creo que tu idea fue poco afortunada, amigo —comentó—. Eso era una especie de horno para morir abrasado o asfixiado.

—Tienes toda la razón, Zirky. Has obrado justamente a tiempo. Y te lo agradezco. Unos segundos más allá abajo hubieran sido fatales para nosotros.

—Dios mío, Johnny —musitó Lena—. ¿En qué clase de mundo estamos?

—Tú lo has visto. Un mundo de lavas, de ambiente volcánico, de gases venenosos, de aire irrespirable y temperaturas atroces. Un mundo que pocas criaturas pueden soportar. Y las que lo soporten… me pregunto cómo serán.

—Tu experimento falló, Johnny. Si hay seres vivos en esta bola de fuego, no podemos verlos ni combatirlos. Su ambiente no es soportable para nuestras naturalezas. ¡No hay confrontación posible, no hay esperanzas!

Lena tenía razón. Yo lo sabía y Zirky también lo sabía. Si la lluvia mortal brotaba de allí, ¿qué podía uno hacer? Era una especie de planeta Mercurio, por su lado que da cara al sol. Un mundo candente y terrorífico, sólo útil para seres capaces de soportar más de los doscientos grados centígrados. De no estar apenas formados nuestros átomos cuando Zirky varió totalmente de idea y nos devolvió al exterior gaseoso, ahora seríamos simples carbones, en una sima de luz y calor sin límites.

Caminamos algún tiempo en silencio. Era como andar en un mundo de ciegos, en un ámbito sin formas ni perfiles. La humareda casi parecía sólida, en torno a nuestras piernas o lamiendo nuestros cuerpos y rostros, con un roce cálido y viscoso decididamente repugnante.

Nuestros cerebros trabajaban intensamente, sin necesidad de que nadie forzara a los demás a hacerlo. Era una mutua, sorda e instintiva tarea de lucha, de esfuerzo. En algún lugar de aquel planeta o asteroide, algo o alguien movía la lluvia maléfica sobre los mundos ante los que se detenía.

¡Se detenía! Esa idea repentina, me hizo volver con brusquedad hacia Zirky y le espeté mi criterio sobre la marcha de los acontecimientos:

—Escucha, amigo: este planeta, asteroide o lo que sea, está manejado por alguien.

—¿Eh? —Zirky pegó un respingo—. ¿Por qué crees eso?

—Viaja por el espacio. Y, súbitamente, se detiene ante un mundo cualquiera para dirigir sobre él su lluvia. De acuerdo con la mecánica celeste, podría pasar de largo. O quedarse definitivamente, como un satélite, adherido a la ley de gravedad del planeta elegido. Pero, si no sucede nada de eso, es porque, desde su interior, el cuerpo purpúreo donde nos hallamos tiene un movimiento independiente. Es decir, se desplaza artificial, no naturalmente, a través de los espacios siderales. Y creo que, concretamente, no existe ningún otro astro púrpura. Es uno solo, capaz de viajar a velocidades fabulosas por el espacio. Este mismo planeta púrpura, ahora dedicado a destruir la Tierra, es el mismo que destruyó a tu mundo, Zirky.

—Sí, es posible que sea así, John Smith. Pero, si ocurre de ese modo, eso quiere decir que nos enfrentamos a un mundo terriblemente poderoso. No seremos capaces de hacer nada contra ellos. ¿Nos marchamos, amigo? Este lugar me inquieta, me asusta…

—No nos vamos a ir, Zirky —sostuve, enérgico—. Si la razón de todo está en este mundo, hemos de buscarla.

—¿Para qué, Johnny? —pidió Lena—. ¡No podremos hacer nada!

—Eso ya se verá. —Me volví a Zirky. Le miré larga, fijamente. Y hablé—: Reflexiona sobre esto, amigo. Si alguien puede librar a los mundos de este azote, ese alguien eres tú. Eres un polimorfo. Tienes la facultad de alterar la estructura y composición molecular e incluso nuclear de tu ser. Te pido que pienses con toda la fuerza de tu mente, Zirky: ¿conoces alguna clase de ser capaz de resistir altas temperaturas, capaz de adentrarse en este mundo de calor, para descubrir su misterio? ¿Crees que podrías transformarte en una criatura que resistiera ese calor del fondo que hemos visitado tan brevemente?

Zirky, al principio, comenzó a negar. Luego, repentinamente, sus ojos se iluminaron. Palmeó, saltando sobre el humo, que formó

espirales vaporosas, como polvo agitado.

—¡Sí, sí! —chilló—. ¡Recuerdo un ave de mi planeta, un animal extinguido hace miles de años! ¡Puedo transformarme en él!

—¿Cómo era esa ave? —demandé.

—Muy grande, John Smith. Grande, escamoso, refractario al calor y al frío glacial. Se llamaba, en mi planeta, stratodáctil.

—Stratodáctil —asentí despacio—. Bien, en ese caso, tú puedes llegar al fondo. Pero imagino que nosotros deberemos esperarte aquí. Será muy peligroso separarnos unos de otros. Sin embargo, es preciso hacerlo, Zirky. Transfórmate en ese stratodáctil. Y ve al fondo de este mundo.

—¿Yo? —Zirky pareció aterrado por semejante idea—. Oh, es demasiado peligroso.

—Diablo, claro que es peligroso. Pero ¿qué crees que nos espera fuera de este cuerpo celeste? La misma muerte horrible y despiadada, a manos de los seres que pueblen este astro, sean perversos o inconscientes.

Zirky se hizo cargo. Con un repentino arranque de energía, movió afirmativamente la cabeza. Y declaró escuetamente:

—De acuerdo. Voy allá, amigo. Un stratodáctil irá a ese horno terrible. Ya os contaré lo que sucede allí.

—Sé que lo harás bien. Eres inteligente y hábil, Zirky.

—Pero, si no volviera, ¿has pensado cuál sería vuestro destino? Lena y tú pereceríais aquí, en esta niebla, sin posibilidades de salir nunca más.

—Claro que lo sé —sonreí, pretendiendo aparentar una seguridad que estaba algo lejos de sentir—. Pero también sé que volverás, Zirky.

—Bueno, al menos le das a uno confianza —rió Zirky, guiñándome un ojo—. No os mováis. Volveré en cuanto me sea posible. Y si no volviera, adiós.

—Adiós, Zirky —sonrió Lena, apretándole un hombro con fuerza —. Pero volverás.

—Hasta pronto, amigo —corroboré yo, agradeciendo a Lena aquella prueba de fe—. Te esperamos.

—Hasta pronto —asintió Zirky, impresionado.

El polimorfo desapareció súbitamente. Se convirtió, con un centelleo dorado, en una extraña ave parduzca, de enormes y

durísimas escamas, de gran pico agudo y enormes alas membranosas. Sus ojos amarillos nos contemplaron con cierta expresión amistosa, mientras Lena, inevitablemente asustada por aquel horrible monstruo alado que era ahora Zirky, se aferraba a mí, estremecida.

Luego, el humo y el suelo impalpable lo tragaron, con un súbito revuelo de brumas. Tras eso, un silencio.

Y, con el silencio, nuestra soledad. La soledad de Lena y de mí, juntos en aquel mundo desolador y terrible. Abandonados a nuestra suerte. Y si Zirky no volvía jamás junto a nosotros, abandonados ante la muerte inexorable, en un ambiente satánico y atroz.

* * *

—Tengo frío…

Miré a Lena. Su voz me había llegado como un susurro. Yo, con un escalofrío, sintiendo castañear mis dientes, confesé, apretándola más contra mí:

—Yo también, Lena. —Miré alrededor. Los reflejos púrpura eran cada vez más débiles, más tristes. La temperatura bajaba por momentos, en forma vertiginosa—. Creo que esto viene a ser la noche de este asteroide. Y, con la noche, como en las tundras y desiertos de la Tierra, el clima desciende muchísimos grados. Esperemos que no llegue a ser un frío mortal para nuestros organismos.

—Frío, niebla, vapor, luz de fuego, y una sima terrible de llamas y calor —musitó Lena—. ¿Crees que debimos venir aquí, Johnny? Es como morir… y sentirse arrebatado por el diablo, hacia su reino de tinieblas.

—Teníamos que hacerlo, Lena. Alguien había de sacrificarse. De todos modos, no nos esperaba nada que fuese mucho mejor, allá en la Tierra. ¿Qué será ahora de nuestro mundo, Lena, azotado por ese alud de fango viviente y de plantas carnívoras?

—No sé, Johnny. No sé nada. Tengo mucho frío. —Tembló de pies a cabeza. Estaba muy pálida y se acurrucaba contra mí casi desesperadamente—. Y sé que Zirky puede encontrar dificultades… y no regresar nunca.

—Es el riesgo que corremos —sonreí gravemente—. No somos

polimorfos como él, para acompañarle como stratodáctilos. Hemos de esperar. Y confiar, Lena.

—¡Confiar! ¿En qué, Johnny?

—En la Providencia —murmuré roncamente—. Sólo en eso, querida.

—Dios nos ayude, entonces —rezó ella, con fervor—. Y que ayude también a Zirky.

—¡Espera! —Me erguí de un brinco. Creo que la expresión de mi rostro debió de asustarla, porque me miró con inquietud. Acaso Lena temió que aquel clima infernal pudiese haber alterado mi razón—. ¡Espera, Lena! ¡Algo ocurre!

—Por Dios, Johnny —gimió—. ¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Estoy bien. Es algo… Algo aquí, ¡en mi mente! —Me toqué con fuerza las sienes—. ¡Hay algo dentro de mí!

—Johnny… —Su temor iba en aumento.

Sobrexcitado, me incorporé, aguzando cuanto pude el funcionamiento cerebral, concentrándome en aquello que notaba, golpeando en oleadas mi mente, llegando como un mensaje telegráfico o las vibraciones de un tam-tam selvático. Un tam-tam singularmente claro, concreto, expresivo…

—¡Es telepatía! —mascullé—. ¡Alguien me transmite ideas, alguien ha establecido contacto con mi mente, a través del aire de este mundo! Espera, Lena… Sí, sí, ya… ¡ya consigo entenderlo!

—Johnny, ¿qué es lo que te dicen? ¿Qué percibes?

—Es… ¡es Zirky! —grité con voz quebrada—. ¡Zirky me transmite ideas, pensamientos… sucesos!

—¿Sucesos? —indagó Lena, tensa.

—Sí —palidecí, mordiéndome el labio inferior con tal fuerza que sangró—. Creo… creo que Zirky ha encontrado… a los habitantes de este asteroide púrpura.

—¡Johnny!

—Los ha encontrado… Y dice… dice que son… son… ¡seres metálicos!

CAPÍTULO VIII

METALOIDES



eres metálicos… Seres metálicos…

Si mi amigo John Smith supiera esto… Si pudiera verlos ahora, como yo les estoy viendo ahí, danzando en torno a las fogatas de esos hornos, igual que seres de un aquelarre estremecedor, infernal…

¡Tiene que saberlo! Procuraré establecer contacto mental con él. Claro que los hombres de la Tierra no son como nosotros, los polimorfos. Pero tengo que lograrlo, de un modo u otro. ¡Tengo que darle la noticia a él, por si no vuelvo más! O aunque vuelva… él debe saberlo. John Smith es un tipo estupendo. No será un polimorfo, no podrá cambiar su aspecto físico ni evolucionar con sus átomos y moléculas si no estoy yo en contacto con él. Pero es un hombre todo cerebro, todo astucia e inteligencia. Debe tener

necesariamente un buen cerebro, una mente fácil.

Conectaré con él. ¡Lo lograré! Todo consiste en cambiar un poco la frecuencia de mis ondas mentales. Quizá así se establezca el contacto telepático.

Esas horribles criaturas de metal siguen moviéndose en torno al fuego. Son raras. Como virutas de acero o de cobre viviente. Otros, parecen huevos de metal. Y hasta los hay con forma de orugas articuladas, con remaches y superficie de hierro negrísimo.

Pululan como cosas chirriantes y raras. Se mueven, reptan, parecen alimentarse del fuego de esos hornos inmensos en torno a los cuales bailotean o se retuercen.

Todo huele a sulfuro, a metal, a hornos en ebullición constante, a carbonos al rojo vivo. ¡Peste, qué país y qué seres más horribles!

Sí, ya… Ya parece que mi mente establece contacto. ¡Eh, lo he notado! ¡John Smith capta mis ideas! Su mente responde muy débilmente, pero está recibiendo mis pensamientos. ¡Lo he logrado!

Escucha, amigo John Smith. Quiero que oigas esto, que lo retengas.

He llegado al corazón mismo del asteroide púrpura. Lo he estudiado a fondo. En realidad, está formado por un núcleo central de metales en fusión, a temperaturas fabulosas, recubierto de dos capas o envolturas fundamentales. Una, el suelo que piso ahora, es una caparazón metalizada, dura y ligera a la vez. No puede ser muy gruesa porque, bajo mi peso, tiene una curiosa, vibrante flexibilidad. La segunda capa, la externa que circunda al asteroide, es ése en que vosotros estáis. Cuando la crucé como ave stratodáctil, descubrí lo que tú imaginabas, amigo John Smith: está formada de invisibles pero firmísimas capas de magnetismo, que mantienen adherido a cualquiera a su superficie impalpable, sobre la que las materias gaseosas se acumulan, formando densas nubes cárdenas y purpúreas; las que dan el color al astro.

Sí, John Smith, amigo. He descubierto todo eso. Como he descubierto, en mi nueva estructura de ave milenaria, adaptada a temperaturas y atmósferas letales, que el aire de aquí abajo es irrespirable para cualquier criatura viva, pero no así para «ellos», los metales de raras formas y vida vibrátil que he visto en torno a los grandes abismos de fuego. En realidad, creo que la atmósfera de este asteroide está compuesta solamente de hidrógeno, metano,

dióxido de carbono y amoníaco. Su temperatura externa, en la capa magnética, debe de ser de cuarenta grados durante los días y de unos treinta bajo cero por las noches. Aquí abajo, en el suelo de metal sólido, flexible y ardiente, calculo que rebasa siempre los trescientos cincuenta grados centígrados.

Espero que captes estas ideas, John Smith. Ahora, ya sabes la clase de criaturas vivas que existen aquí. Quisiera que las vieras como yo las estoy viendo ahora. Son como… como larvas o como microbios ingentes, pero de metal. Metal puro, dotado de vida. Brillante, pulido hasta extremos que les hacen parecer de níquel cromado, de oro puro o platino. E incluso los raros elementos vivos de hierro negro tienen un brillo que recuerda desagradablemente ciertos insectos de tu mundo, amigo.

Sí, aquí todo es metálico. De sus hornos profundos y candentes emergen cenizas, brasas, pavesas chispeantes, cegadoras, y en algunos puntos, entre rocas de sólida estructura puramente metálica, cuyos colores van del cobre intenso al rojo candente o al negro ferruginoso, veo brotar algo parecido a géiseres o manantiales de agua hirviente, que bulle y corre por entre peñas de metal, formando un raro, hirviente fango, muy parecido al que tú y yo conocemos.

Sí, John Smith. Creo que tus teorías eran exactas. Estamos justamente en el punto de origen del mal. Es un mundo diabólico y terrible, que emite al espacio pulverizaciones de líquidos semejantes al agua. Tal vez por el camino se congelan y llegan fríos a la Tierra, pero sin que realmente estén fríos salvo en su exterior. Cuando toda la lluvia se enfría, lejos de aquí, cobra solidez metálica. Es lo que yo pienso, John Smith, No sé si estaré en lo cierto.

¡Espera! Algo más quiero decirte, John Smith, amigo. Veo que esas criaturas o cosas de metal, se mueven de una forma muy extraña. No, no danzan. No realizan un bailoteo grotesco en torno a los hornos, como yo creía antes.

Me he acercado más. Tal como yo lo veo… bueno, me parece que lo que hacen es trabajar.

Trabajar, ¿entiendes? Como diablillos en el infierno, avivan ese fuego. Pululan alrededor, y extraen algo, que sale hirviendo, por sendas o vías especiales, hacia un punto determinado. Voy a seguirlo, John Smith. Voy a volar. Aunque me descubran, no creo

que suceda nada. Soy físicamente un stratodáctil. ¿Por qué habrían de sospechar esas criaturas metaloides que yo sea un polimorfo?

Estoy siguiendo ya el cauce de esa materia candente. Te informaré en cuanto sepa algo. Ahora sé que mentalmente podemos comunicarnos, amigo. Ahora lo sé.

No te descuides. Estáte alerta y confía en mí. Ya sigo el reguero de ese líquido en ebullición. Es oscuro, avanza entre elevaciones metálicas, en su mayoría de níquel y de hierro, de silicatos y sulfuros, que parecen formadas por la propia naturaleza de este mundo metálico. Lo único que no descubro son óxidos, acaso por la total carencia de oxígeno en toda la capa de este planeta, excepto en esa externa, magnética, donde os halláis esperándome.

Sigo el rastro, John Smith. Veremos adonde me lleva. Te informaré enseguida, amigo.

* * *

Yo había captado todo el mensaje de mi amigo Zirky. Sonreí, con cierta esperanza, a pesar de las tremendas noticias del polimorfo, que ahora deambulaba por un mundo metaloide, ominoso y siniestro.

Zirky demostraba ser digno de mi confianza. Zirky era, todavía, el más inestimable colaborador con que contaba en aquella desesperada aventura. Si él se hundía, todos nos hundiríamos con él. Pero, por el momento, Zirky estaba allí, ante unos seres metálicos, al parecer dotados de vida y, quizá, de inteligencia para el mal.

La idea de que trabajaban en torno a sus hornos ingentes, de que «algo» se conducía por vías o canales hacia un lugar determinado, me daba a entender que los metaloides del astro púrpura laboraban en misteriosos sistemas para crear una energía, una fuerza capaz de… de destruir planetas.

«Son microbios gigantescos, como larvas llenas de vida, a pesar de ser de purísimo metal brillante», había dicho Zirky. Y esa revelación era la que me preocupaba, así como otra parte de la misma: «Veo níquel, hierro, silicatos, sulfuros… pero no óxidos. Aquí, la atmósfera es de metano, amoníaco, dióxido de carbono…».

Oxígeno. El oxígeno respirable. Un elemento muy dañino para el

metal. Un elemento capaz de oxidarles. Capaz de inmovilizar engranajes de metal, capaz de reducir a robín brillantes superficies metálicas.

Conté a Lena todo el relato telepático de Zirky, perfectamente captado por mi mente, gracias a la claridad y potencia de los pensamientos del polimorfo emitidos a distancia.

—Me gustaría estar ahí abajo —dijo inesperadamente Lena—. Así podría ayudar al bueno de Zirky.

—Sí, Lena. Creo que lo harías. Eres una chica muy valiente. Pero posiblemente fuéramos más un estorbo que una ayuda para Zirky. Él tiene recursos que nosotros no podríamos nunca alcanzar.

Se abrazó contra mí; tenía frío. Yo también. Nuestro propio aliento formaba un denso vapor y se perdía en aquel mar de niebla que nos rodeaba.

Y, mientras tanto, allá abajo, convertido en un pájaro prehistórico de durísima piel, Zirky estaría soportando temperaturas capaces de fundir los metales con suma facilidad.

A mí también me hubiera gustado poder estar junto a él, buscar el misterio alucinante de aquel mundo en fusión. Pero no me era posible hacerlo. Sólo Zirky estaba capacitado para ello, porque era un polimorfo.

Un invasor de la Tierra… que luchaba ahora a nuestro lado, contra el enemigo común. Contra el peor de los invasores. Contra aquéllos que habían destrozado su planeta, como ahora estaban haciéndolo con el nuestro.

Y, de repente, la segunda llamada telepática de Zirky llegó hasta mí.

* * *

«¡Escucha, John Smith! ¡Escucha! ¡Es urgente! ¡Muy urgente!».

¡Smith, tienes que escucharme! Soy Zirky. Yo, tu amigo Zirky. Creo que voy a morir. He llegado al final de mi camino. Al final de la misión que me fue encomendada.

Y no puedo volver. Nunca volveré. No puedo tampoco reintegraros a vuestro mundo. No puedo hacer absolutamente nada de nada; voy a ser aniquilado por los metaloides.

Me han descubierto.

Acaban de descubrirme justamente ahora, cuando he llegado, volando como un ave que soy actualmente, hasta el final de sus cauces de materia en ebullición.

El misterio está resuelto, John Smith. Pero es inútil. Nunca podremos aplicar lo que sabemos a cosa alguna, porque vosotros dos, Lena y tú, moriréis en esa capa de gases, olvidados de todos. Y yo, pereceré ahora.

Los metaloides vienen, se acercan a mí.

Son horribles, John Smith. Demasiado horribles, incluso para un polimorfo. Son miles, millones de ellos. Todos de metal, todos astutos y solapados. Estoy aquí, acorralado en su Base central, desde donde los grandes proyectores espaciales emiten chorros de una lluvia finísima y virulenta. Una lluvia formada por un líquido que parece agua y no lo es. Ese mismo líquido en ebullición, que pasa por un baño de helada materia que le presta el frío aparente. Creo que esa materia que baña al líquido es la propia semilla de las grandes plantas. El líquido crea luego un mar de fango al desarrollarse y salir de su actual compresión inmensa, dentro de las aparentes «gotas» de lluvia.

Aquí, millones de obreros de metal reactivan los hornos, los sistemas de disparo a ingentes distancias, que llevan su lluvia mortal al planeta elegido destruyendo toda forma de vida.

Era verdad, John Smith. Ellos hacen exactamente lo que pretenden. Estamos ante una gente agresiva, feroz y cruel, que goza aniquilando civilizaciones. Ni siquiera sueñan con invadir nada. La vieja idea de invasión, que nosotros mismos adoptamos con respecto a tu mundo, parece ser cosa despreciada por ellos. Los metaloides quieren sólo una cosa: destruir, convertir los mundos en esferas metálicas, en mundos muertos, donde la costra metálica de su lluvia, una vez descompuesta y posteriormente solidificada, reduce al silencio y la quietud totales todo aquello que toca y absorbe.

¡He llegado al final, John Smith! Lástima que ya no pueda salir de aquí. Cuando pretendía destruir su sistema, detener la proyección de lluvia mortífera hacia la Tierra, planeta que puedo ver perfectamente a través de enormes lentes graduados de telescopios de metal y de vidrios metalizados de gran alcance y nitidez, me han descubierto y acorralado.

Revoleteo en vano. No puedo transformarme o me abrasaré en este mundo espantoso. Ellos tienen armas. Armas que emiten una rara fuerza paralizadora. No puedo ni siquiera alterar mis moléculas o átomos para salir de aquí, porque una especie de corteza, de telaraña o de envoltura liviana pero durísima me ha recubierto, inmovilizándome definitivamente, cuando una de esas horripilantes cosas de metal proyectó sobre mí una serie de tubos púrpura que dominan todo este lugar.

Aún puedo pensar, John Smith, en esta inmovilidad que sólo me permite aletar en una extensión de menos de tres metros. Mis últimos pensamientos son para vosotros. No puedo hacer nada. Los metaloides vienen ya hacia mí. No sé la clase de suerte que me espera. Sólo sé que no puede ser nada agradable.

Siento no poder ayudaros a regresar a ninguna parte. De veras lo siento. Esto es la muerte. La muerte para todos, amigo John Smith.

Adiós. Adiós a los dos.

* * *

Ése fue el último mensaje de Zirky, el polimorfo.

Lena y yo supimos que nada se podía hacer para salvar su vida. Al parecer, yo fracasé rotundamente. No se podía vencer a los metaloides.

Una vez más, ellos vencían.

Parecía inevitable. Cuando se lo referí a la aterida Lena, lloró. Y creo que no lloraba por ella, ni siquiera por mí. Zirky se había ganado nuestro afecto.

—Es el fin, Johnny —susurró, abatida—. Ya no se puede hacer nada, ¿verdad? Absolutamente nada…

Negué con la cabeza. Tuve mi último acto de rebeldía contra eso.

—¡Siempre se puede hacer algo, Lena! —grité con voz ronca—. Y ¡lo voy a hacer!

No tenía la menor esperanza ni convicción. Pero lo hice.

Porque, en realidad, era ya lo único que podía hacerse. Y cualquier cosa era mejor que nada.

No sabía si mi mente tendría la fuerza precisa para ello. No lo supe, hasta que recibí la respuesta.

CAPÍTULO IX

LA LLAMADA



ra la respuesta.

Me la dio Zirky, acosado y angustiado, en medio de un cerco metálico y siniestro, allá, a alguna distancia de nosotros, bajo la infranqueable e invisible barrera magnética que era nuestro suelo, entre brumas purpúreas.

Me la dio Zirky con ondas mentales violentas, espasmódicas casi, luchando contra la urgencia apremiante de su situación:

«¡He captado tu mensaje telepático, John Smith!» me dijo con sus ondas mentales. «¡Te he comprendido perfectamente! ¡Hurra, amigo! ¡Posees más fuerza cerebral de la que yo jamás imaginé!».

Hizo una pausa en la emisión de pensamientos concretos. Capté, confusamente, temores y angustias, imágenes mentales de seres de metal, llegando cerca de él, moviéndose como una maligna legión de arañas sobre una mosca.

Luego, siguió agudamente su cerebro:

«¡John Smith, amigo mío, tuviste razón en lo que tu mente me ha sugerido! ¡Pude haber pedido ayuda a mis compañeros, los polimorfos de la Tierra! Pero ahora es tarde. ¡Esta capa ligera con que me han envuelto los metaloides debilita mis pensamientos y el alcance de mis ondas cerebrales! No creo que pueda establecer contacto con las mentes de mis semejantes en la Tierra. ¡Es imposible que ellos me oigan telepáticamente! Mis ondas mentales no llegarán ya a ellos. Además, la capa magnética exterior, la que os sirve de suelo a vosotros, también servirá de poderosa interferencia entre mis hermanos de raza y yo. Es inútil, John Smith. Pero gracias por intentarlo. Gracias, amigo».

«¡Déjate de estupideces!» casi aullé con mi cerebro, si eso era posible. «¡Lo que quiero es que te salves! ¡Escucha esto, Zirky! ¡Envíame a mí tus pensamientos, Zirky! Recuerda la televisión. Las ondas electrónicas se repiten para llegar a alguna parte. Se van recibiendo y remitiendo en distintos repetidores. Ahora, yo soy tu "repetidor". ¡Prueba a enviarme tu llamada de auxilio a todos los polimorfos! ¡Hazlo, Zirky! ¡Inténtalo, aunque fracasemos! ¡Todo mejor que darse por vencido!».

Debió de vacilar, porque también hubo una pausa en la recepción de pensamientos. Luego, siguiendo mi orientación, Zirky aceptó el sistema. Me envió sus potentes ondas mentales. Las recibí claramente.

Y traté de emitirlas a mi vez. Bien sabe Dios que lo intenté con todas mis fuerzas, con el máximo de voluntad puesto en el empeño.

No sabía si lo lograría. No lo podía saber. Pero luché por ello. No tuve cerebro, ideas ni afán más que para ello.

Actué como «repetidor» telepático. Sólo era de desear que el experimento diera resultado. Un experimento de vida o muerte.

La vida o la muerte para Zirky, origen de tales ideas emitidas a distancia. De vida o muerte para Lena, para mí.

Y para el mundo. Yo sabía que allí se jugaba, tal vez, la última carta.

La última de una trágica partida, en la que la existencia de la vida inteligente y sensible en el universo, estaba en juego. Definitiva, rotunda, totalmente.

Había que esperar la solución.

Esperar, mientras Lena y yo sentíamos más y más aquel frío terrible. Mientras allá, en el mundo de los metales, Zirky afrontaba la muerte.

* * *

—¡Johnny, ha pasado una eternidad!

—¿Una eternidad? —Reí hueca, lúgubremente—. No, Lena. Sólo medio minuto.

—¡Medio minuto! Nunca fue tan largo ¡Johnny, Zirky puede haber muerto ya!

—Sí, puede haber muerto. No sabemos si realmente ha sucedido así. No recibo nuevas ideas ni pensamientos. Eso puede significar que se agotó… o que ya no existe. De cualquier modo, quizá sea ya demasiado tarde, Lena.

* * *

No.

No era demasiado tarde. Todavía no.

Al menos, para nosotros. Para Zirky… sólo él y Dios podían saberlo. Pero nosotros aún vivíamos. Nosotros aún estábamos en aquel bosque de brumas y nieblas purpúreas, rodeados de espesas sierpes de vapor. Vapor repentinamente frío, repentinamente glacial y torturante.

Supe que mi intento había tenido éxito cuando, ante nosotros, hubo una serie deslumbrante de chispazos dorados. Una hilera de centelleos… y una hilera de hombres emergiendo como fantasmas inexpresivos ante nosotros.

Eran hombres físicamente iguales. Todos normales, de vulgaridad absoluta, todos como gemelos de ojos oscuros, de pelo crespo, de mirada curiosa.

Les contemplé, entre sorprendido y admirado. Eran el más extraño ejército que nunca viera. Todos iguales, todos como repitiendo un patrón previamente elegido, que les presentaba como humanos ante nosotros.

—¿Polimorfos? —pregunté roncamente, poniéndome en pie y

mirándoles fijamente.

—Sí —aseguró uno, no hubiera sabido decir cuál—. Polimorfos todos. Amigos de Zirky.

—¡Dios sea loado! —musité, mirándoles aún con curiosa sorpresa—. ¿Cuántos son?

—Muchos. Muchísimos.

Sí. Eran muchos, muchísimos. Se iban multiplicando, a medida que los fogonazos dorados saltaban ante mí.

Perdí la cuenta. Llegaban a docenas, a centenares, quizá a millares. Y el constante centelleo de chispas doradas no cesaba un solo momento.

Creo que el vapor purpúreo del asteroide metálico estaba virtualmente saturado de polimorfos. Y, como en un relato de hadas, fantástico e imposible, todos eran iguales, exactamente calcados el uno del otro. Pero eso no me preocupaba. Lo importante era que habían llegado.

—Tú eres el que nos remitió las llamadas mentales de Zirky, ¿no es verdad? —me preguntó uno de ellos.

—Sí, yo soy —les dije—. Zirky está en peligro. Acaso ha muerto ya; no puedo saber eso. Los metaloides de este mundo le tenían acorralado.

—¿Los metaloides? —repitió el polimorfo—. He oído antes ese nombre, en la transmisión telepática de Zirky. ¿Qué son, exactamente?

—Nuestros enemigos. Los vuestros… y los nuestros. Ellos terminaron con vuestro planeta, sembrándolo de semillas siniestras. Envían sobre los mundos un alud de líquido metálico y de semillas que luego también se tornan metálicas, en su pleno desarrollo. Así desapareció el planeta de los polimorfos. Así desaparecerá la Tierra. Zirky se transformó stratodáctil y bajó a las zonas candentes de este mundo de metales en fusión y criaturas de naturaleza metálica. Le han sorprendido. Creo que van a destruirle.

Lo dije todo con rapidez, mientras los polimorfos, aquel fantástico ejército de personas idénticas entre sí, que me recordaba a una masa de maniquíes fabricados en serie por cualquier factoría terrestre, me escuchaban. Apenas si tardé unos segundos en ponerles en conocimiento de todo aquello.

Luego, los polimorfos demostraron que eran muy rápidos de

ideas y acciones, cuando era necesario serlo, en bien de sus compañeros y hermanos de raza.

Repentinamente, nuevas chispas doradas, de un amarillo vivaz, deslumbrante, se formaron ante nosotros. Lena y yo parpadeamos, sorprendidos, cuando vimos un auténtico ejército de stratodáctilos levantando el vuelo entre la bruma. Sus caparazones escamosos, duros, color pardo, se elevaron, mantenidos por sus grandes, abiertas alas membranosas.

—Seguidnos —pidió la voz de uno de los millares de polimorfos reunidos en el planeta fantástico por la llamada desesperada y urgente del bueno de Zirky.

—¿Seguiros? —Moví la cabeza con desaliento—. Imposible. Las temperaturas en esa zona son insoportables. Y el aire allí es totalmente venenoso para cualquier ser humano.

—A pesar de todo eso… seguidnos —dijo inesperadamente el polimorfo convertido en stratodáctil.

Y sobre su cabeza, en la cresta, dura y escamosa, emergió una forma curiosa, sorprendente: un globo vítreo, adherido a la cresta del ave prehistórica.

El globo tenía un volumen considerable: podían caber en él hasta cinco personas con relativa holgura. Era de un color amarillento pero transparente. Parecía un vehículo espacial o un globo cósmico. Y lo raro era que permanecía adherido totalmente a la cresta del stratodáctil.

—¿De dónde ha salido eso? —demandé, señalándolo.

—Algunos stratodáctilos, en el pasado de nuestro planeta, poseían este aditamento —explicó el polimorfo, agitando sus alas membrosas con ansiedad—. Fue algo desaparecido en tiempo, pero cualquiera de nuestra especie puede convertirse en un ser existente, si la forma de moléculas y átomos se adapta a la estructura física que podemos tomar. Ese globo capilar, totalmente hueco, puede llevar oxígeno respirable. Y éste lo lleva. Entrad en él. Os llevaremos al fondo del planeta. Por otro lado, su caparazón vítreo es totalmente refractario a temperaturas exteriores.

No podíamos perder tiempo, y no lo perdimos. Subimos a la cabeza del stratodáctil, escalando sus grandes y duras escamosidades. Luego, el globo vítreo se abrió, dejándonos un hueco o grieta por donde alcanzamos el interior.

Se respiraba bien allí dentro. La esfera de vidriosa materia se cerró, y los pájaros gigantescos levantaron el vuelo para precipitarse en picado sobre la niebla y el suelo magnético del asteroide.

Lena y yo, abrazados, en precario equilibrio dentro del extraño aditamento del pájaro prehistórico, mirábamos al exterior a través del vidrio esférico que nos rodeaba.

Así, vimos cruzar a la bandada de pájaros gigantescos, que ahora eran los polimorfos, la barrera magnética que para nosotros resultaba insalvable.

Como una escuadrilla fabulosa, de auténtico relato mitológico, íbamos hacia las profundidades mismas de la fragua de Vulcano, en busca de una vida en peligro. Y en busca, acaso, de la última oportunidad de los hombres, casi perdida en el infierno purpúreo del asteroide metálico.

Y Lena y yo éramos como nuevos, fantásticos dioses del Olimpio, encaminándonos a nuestro encuentro mítico con la muerte y el destino. Como Marte y Venus, o quizá como nuevos Circe y Ulises, hacia la victoria… o el desastre.

* * *

Zirky había sabido relatar bien lo que era aquel mundo metálico y candente. Ahora, nosotros podíamos comprobarlo desde el interior de nuestra esfera de vidrio, mientras el ave que nos portaba, el polimorfo transformado en pájaro de la prehistoria de los mundos, sobrevolaba un paisaje alucinante, de pesadilla increíble.

Un lugar rojizo, cárdeno, de fulgores púrpura o escarlata, de ríos candentes de lava y de metales derretidos, de géiseres de líquido en ebullición, de grandes charcas de fango oscuro y burbujeante, de amasijos, hierro y otros metales, algunos de ellos casi al rojo vivo.

Era sorprendente, más aún: inconcebible, no sentir el azote ardiente de los cientos de grados que debían de presidir allí el clima ambiente. El polimorfo tuvo razón; el caparazón de vidrio podía ser frágil, delgado, transparente y límpido. Pero también era hermética. Una muralla contra el fuego, el frío… y quizá la muerte.

—¡Es fantástico, Johnny! —murmuró Lena—. ¡Inaudito! ¿Nos creerán alguna vez, si llegamos a contarlo a los demás?

—Si llegamos a contarlo, Lena… —suspiré—. Tú acabas de decirlo.

Ella se estremeció, sin comentar nada. Sus ojos ávidos, fascinados, parecían devorar todo aquello. No tanto presenciando el paisaje satánico, delirante, como buscando algún rastro, alguna huella esperanzadora de la presencia y la supervivencia de nuestro inefable Zirky, el buen amigo.

—Johnny, ¿tú crees… tú crees que aún estará vivo? —preguntó súbitamente.

Me volví a ella. La miré. No sé por qué, pensé en dos especies raras en una pecera asombrosa. Quizá era por sentirme tras un cristal, tras una esfera hermética, aislado del mundo exterior por aquel muro curvo de materia vidriosa.

—No sé, Lena. No sé… —Moví la cabeza, desalentado—. Es tan difícil que aún viva.

—¿Qué haremos, si no vive ya, si fue destruido por esos monstruos de metal?

—Vengarlo, si es posible. Y evitar que el mismo mal caiga sobre millones de seres de todo el universo, Lena —dije con una furia sorda, que a mí mismo me sorprendió.

Lena me miró. Sabía lo que sentía, porque también lo sentía ella. Había cosas importantes en juego, como el destino del mundo y de otros mundos. Pero Zirky, para nosotros, también era importante. Tanto como el mundo mismo. Zirky era más que un simple polimorfo. Era… nuestro amigo. Algo grande, en suma.

Quizá ahora estaba diluido en uno de aquellos demoníacos torrentes de metal líquido, de lava burbujeante. La idea me sublevó, erizando mis cabellos.

—¡Mira, Johnny! —gritó de súbito Lena.

Miré.

Su dedo señalaba directamente al lugar donde estaba Zirky.

CAPÍTULO X

AMANECER

No fue Lena quien le vio. Al menos no fue ella sola. Cuando me avisó y yo dirigía mis ojos hacia Zirky, ya la legión de enormes pájaros prehistóricos en que se habían transformado los camaradas de nuestro amigo se lanzaba en vuelo vertiginoso sobre una masa movible, reptante, alucinante y terrible, formada por miles de millones de formas metálicas.

Como dijera Zirky, parecían virutas de hierro, o huevos, o articulados gusanos de níquel. Eran fríos y espantosos a la vez. Eran como piezas de un robot inmenso, desprendidas por un choque violento. Pero piezas vivas, piezas animadas, independientes unas de otras.

Criaturas de metal. Seres creados con metales. Y dotados de una inteligencia, de una facultad vital, por algún extraño fenómeno, acaecido allá, en algún confín ignoto del universo. Formas de vida

distintas. ¡Oh, Dios, cuán equivocada estuvo siempre la gente, al imaginar que sólo era posible la vida inteligente en determinadas circunstancias!

Esa gente no sabía entonces que podía haber piezas de acero, níquel o hierro, dotadas de movilidad, de cerebro y maldad sin límites.

Zirky estaba vencido, abatido definitivamente. Yacía, con su forma de pájaro legendario, derrumbado sobre un charco de sangre. Miles de piezas de metal le aguijoneaban, le aplastaban o quebrantaban sus miembros, hiriéndole implacable, salvajemente, hasta el paroxismo de la ferocidad.

Estaba sobre una gran piedra de níquel candente. Revolcándose en su propia sangre de polimorfo herido, cuyos tejidos no tenían tiempo virtual de regenerarse, porque otros mil aguijones de acero de aquel enjambre diabólico se abatían sobre nuestro infortunado camarada, hiriéndole de muerte una y otra vez.

La presencia del alud de pájaros gigantes fue captada por las criaturas metálicas de aquel mundo implacable, feroz, exterminador de toda forma de vida universal. Un remolino de movimientos vertiginosos se hizo patente en la masa de seres inhumanos. De entre las masas de piedra metálica emergieron enormes brotes de plantas de color metálico, que subieren veloces en busca de las aves. Algunos polimorfos cayeron en el cepo de grandes hojas dentadas, metálicas y voraces. Les vimos caer, desgarrados, hacia las simas de lava candente, en cuyo fondo burbujeante, en ebullición escarlata, desaparecieron instantáneamente.

Lena y yo nos aferramos mutuamente, temiendo por la suerte de nuestro portador. Pero éste eludió el ataque furioso del vegetal metaloide, y se precipitó en vuelo rasante, vertiginoso, sobre el malherido Zirky, buscando rescatarlo del caos en que se hallaba.

Los metaloides, como una colmena rabiosa, corrieron a cerrarnos el paso, a formar un frente, una obstrucción, sólida, frente a nuestro acoso violento.

El choque fue tan terrible que nuestra ave se estrelló sobre ellos. Sierpes niqueladas aferraban su cuerpo, orugas de hierro y óvalos de acero saltaron sobre su escamoso cuerpo, rasgando sus duras escamas como si fuesen de papel. La sangre brotó violenta del cuerpo herido, vencido, de nuestro infortunado portador.

—¡Vienen a por nosotros ahora! —gimió Lena, convulsa, señalándome la formación cerrada de monstruosos seres de metal que, rebasando el cuerpo maltrecho de nuestro portador, venían en derechura sobre la esfera de vidrio.

—Calma, Lena —pedí roncamente—. No te desesperes ahora. Si lo inevitable ha de suceder, no servirá de nada perder la serenidad. Esas criaturas metálicas provocaron intencionadamente la muerte del planeta de los polimorfos, por simple placer de destruir. Ese mismo sádico afán les llevó a atacar la Tierra con sus semillas diabólicas. Y sólo Dios sabe cuántos lugares más en el universo han sufrido su azote terrible. Sólo Dios lo sabe, Lena. Ha valido la pena intentar la victoria, aunque ésta fuese imposible.

Estaban ya sobre la esfera de vidrio transparente. Empezaron a reptar por ella, buscando sin duda las rendijas por las cuales llegar hasta nosotros. Y si no las encontraban, las producirían ellos. Lo importante era que querían llegar hasta su presa. Su presa éramos nosotros. Y llegarían. Ellos llegaban siempre. Conseguían sus propósitos.

Abracé con fuerza a Lena. Ella cerró los ojos, estremecida y se pegó a mí con intensidad. La besé en los cabellos, y alcé los ojos, mirando serenamente a los entes metálicos que correteaban, como insectos bruñidos, por encima de nuestras cabezas, mordiendo y triturando las fibras de vidrio de aquella esfera que nos encerraba.

Zirky agonizaba sobre su sangre, rodeado de metaloides. Los demás polimorfos caían insensiblemente alrededor nuestro. Nosotros mismos íbamos a perecer.

Sólo un milagro podía salvarnos.

* * *

Y aquél era el milagro.

Creo que no era realmente un milagro. Ni un arma utilizada por nosotros. Lo cierto es que los metaloides hubiesen vencido en toda línea si no hubiese llegado aquello que más temían. Aquello que el metal no soportaba.

¡Lluvia!

Estaba lloviendo. Pero no la falsa lluvia que ellos lanzaban sobre los planetas, sino agua de verdad. ¡Agua!

El óxido, el terrible enemigo del metal, estaba allí: en el agua, en el oxígeno que, forzosamente, había llevado el agua salvadora hasta nosotros, como una bendición del cielo.

Creí comprender cuando, todavía con Lena contra mí, levanté más aún la cabeza, y miré a lo alto, al techo de brumas y de capa magnética que hasta entonces existía sobre nosotros, como la caparazón externa del asteroide siniestro.

¡No había ahora barrera para los gases cargados de oxígeno y de agua! Tal vez el paso de los miles de aves stratodáctilas en que se convirtieran los polimorfos había roto el equilibrio magnético de aquella zona intangible. Y ahora, liberadas las masas de nubes, de vapor, de agua y oxígeno, penetraban a oleadas en el interior de aquel mundo candente, cargado de gases nocivos.

Oxígeno y agua. Una mezcla infernal para los metaloides. Ellos tenían inteligencia, no había duda. O, de otro modo, no hubieran huido despavoridos, ante el choque temible de las gotas de agua sobre el metal de sus cuerpos. Gotas de lluvia que, al secarse, crearían el principio del fin: el óxido terrible, devastador.

Estaban perdidos, y lo sabían. El suelo, las simas ardientes, crepitaban, despidiendo oleadas de vapor al recibir el azote inesperado y frío del agua exterior. El asteroide pasaba por una especie de Diluvio Universal. Como en el bíblico caos, los seres buscaban su salvación desesperadamente.

—¡Llueve, Lena! —aullé, desesperado, jubilosamente—. ¡Llueve! ¡Estamos salvados, querida!

—Llueve… —repitió Lena, como en éxtasis—. Oh, no, no es posible. La lluvia y el metal… no son compatibles.

—¡Claro que no! —Reí histéricamente—. El oxígeno penetra ahora a través de la capa magnética. La barrera envolvente se ha roto, quizá por la descomposición de su estructura al penetrar el alud de pájaros creado por los polimorfos. Con ello, el inevitable contacto de la atmósfera exterior fría y húmeda, con la ardiente interior, provoca este diluvio torrencial. Un diluvio que puede durar años y quizá siglos, Lena.

—¡Siglos! —Parpadeó, estupefacta. Estaba hermosa Lena, a la claridad convulsa, abrasadora y ondulante de las llamaradas de aquellas simas profundas e infernales, donde la lluvia levantaba aludes de vapores turbulentos—. ¡Eso significa que estamos

salvados!

—Es posible, Lena. Si ellos no siguen atacando a la Tierra con nuevas descargas de su lluvia maligna, aún puede salvarse todo. Aún estamos a tiempo de evitar el desastre.

Entre la cortina de repentina lluvia vimos alejarse, como un alud de cucarachas sorprendidas por un raudal de luz, las formas metálicas de las criaturas de aquel asteroide demoníaco.

Luego, miré al polimorfo que servía de base a nuestro globo capilar, y comprobé que el ataque de los metaloides le había aniquilado definitivamente. En realidad, era un cadáver el que nos retenía dentro de aquella esfera vítrea que sostenía su cabeza vencida.

—Es una victoria, Lena —dije lentamente—. Pero una victoria de muy alto precio. La alcanzamos a costa de nuestras vidas, y de las de muchos cientos, quizá miles de polimorfos, entre los que se contó el bueno de Zirky. No saldremos nunca de aquí. Nunca, Lena. Porque romper esta esfera significaría morir abrasados, entre la lluvia y el aire candente.

—No me importa, Johnny —dijo serenamente Lena—. Nada me importa junto a ti, mi amor. Lo intentamos todo. Has sido un héroe en esta lucha. Para bien o para mal, vinimos aquí, intentando salvar a la humanidad. Si lo hemos logrado, ¿qué importa nuestro sacrificio? Moriré gustosa a tu lado, Johnny, porque esto fue voluntad tuya.

—Gracias, mi amor —musité lenta, roncamente. Me incliné, besando sus labios. La oprimí contra mí.

Ella también me besó. Luego, resueltamente, contemplando el caos alrededor nuestro, borroso y turbio por el alud de agua que caía del cielo, me acerqué con Lena a la curva pared vítrea. La golpeé con seca decisión.

Se quebró el vidrio ante mis golpes. Derrumbóse una parte de la esfera transparente. Y salimos al exterior, al infierno de calor, de vapores candentes y mezcla de gases letales y oxígeno impetuoso que nos rodeaba.

Lena, me abrazaba con mucha fuerza; estaba resuelta a morir sin una queja, sin una protesta. Me sentí orgulloso de ella. Había resuelto reducir la agonía, provocar rápidamente nuestro fin, para no sufrir más. Y ella aceptaba aquel destino con la misma expresión

de felicidad que si volviéramos a la vida.

* * *

Si antes se produjo el milagro de la lluvia, al penetrar con el oxígeno exterior a través del caparazón magnético, roto por un prodigio de las leyes naturales, ahora, otro milagro llegó a nosotros.

Y el milagro emergió de la lluvia torrencial, en forma de una nueva esfera de vidrio. Una esfera que oscilaba en el aire, movida por la lluvia cristalinamente, pero que nos ofrecía un nuevo refugio.

En suma, una esfera que llevaba alguien en la cabeza. Un nuevo globo capilar, pero ¿sostenido por quién?

Era evidente que el globo se movía, por el movimiento vacilante de alguien que reptaba, lenta y dificultuosamente, en la tremenda lluvia desencadenada. La cortina de agua me impidió ver la realidad, hasta que ésta se halló virtualmente sobre nuestras cabezas.

—¡Pronto, subid! —avisó alguien—. ¡Subid y ocupad esta esfera o moriréis abrasados! ¡Subid, vamos!

—¡Zirky! —aullé, incrédulo—. ¡Es Zirky!

No quise averiguar más. No quise saber cómo era posible que aún viviera Zirky, el polimorfo. Me limité a saltar sobre la cresta del pájaro stratodáctil que ahora era nuestro amigo, tirando de Lena en forma desesperada. La esfera que ahora emergía en la cabeza de Zirky ofrecía una abertura a nuestro acceso. Pasábamos ya por ella cuando Zirky, con su escamoso cuerpo actual cubierto de heridas, de sangre, de laceraciones feroces, dijo mentalmente, de forma que yo captase sus pensamientos:

«Debí recordar la esfera o globo capilar de cierta especie ya extinta de estos pájaros, para traeros conmigo. Pero aún es tiempo, John Smith. Subid, amigos, e intentemos regresar a la Tierra, hacer el viaje de vuelta… con mis últimas fuerzas…».

Sus últimas fuerzas. Era tenso, angustioso, confiar en las pobres fuerzas de nuestro buen amigo. Pero Zirky había llegado más lejos de lo que nadie podía esperar. Su titánico esfuerzo hallaba una compensación. Aún quedaba el último empeño: el salto a través de distancias ingentes, hasta el planeta Tierra. Cruzar el espacio sideral, disueltos nuestros átomos, en el último viaje de aquella

aventura alucinante e increíble.

Sentí las vacilaciones postreras de Zirky, antes de que intentara su proyección al vacío, su desintegración total, con Lena y conmigo en su globo capilar actual.

De repente, todo estalló en torno nuestro Y dentro de nosotros también.

Luego, no sentí nada.

* * *

—¿Te encuentras mejor, amigo?

Le hice esa pregunta. Primero, tardó en contestarme. Finalmente, parpadeó, herido por la luz que penetraba por el ventanal. Me miró, musitando:

—John Smith, amigo… ¿Dónde estoy? ¿Qué ha ocurrido?

—Podría decirte que todo fue un sueño, Zirky —reí suavemente —. Pero mentiría. Mentiría, amigo. Nada fue un sueño. Y el regreso menos que nada.

—Esa luz del ventanal… ¿Qué es esa luz, amigo? —preguntó, estremecido.

—El amanecer.

—¿El… amanecer? —aulló, queriendo incorporarse de un salto.

Yo lo esperaba. Le retuve en el lecho. Le sonreí como podría haber sonreído a un hijo díscolo y muy mimado.

—Ahí quieto, Zirky. Has sufrido demasiados deterioros en tu físico humano actual para que hagas imprudencias.

—Deterioros… —boqueó—. ¿De modo que… me he salvado, después de todo?

—Sí, amigo —reí—. Eres una especie de fortaleza cósmica. Lo soportaste todo. Como stratodáctil, venías muy malherido. Al recuperar tu forma humana, la cosa era mucho mejor. Tus tejidos se regeneran con pasmosa facilidad, Zirky. Incluso dentro de una raza; los polimorfos, los hay superdotados, como tú. No sólo nos devolviste a la Tierra, proyectándote con nosotros por el espacio, sino que has salvado tu vida. Sanarás en breve.

—Sanaré… ¡Oh, cielos, parece un milagro! —murmuró el polimorfo—. ¿Y la invasión de vegetales y fango?

—Pasó —dije, riendo—. Hay grandes charcas metalizadas y

ciudades con muchas víctimas, pero hemos detenido la hecatombe, a lo que parece. Ya no llueven semillas de metaloides. Creo que el asteroide púrpura nunca más nos molestará, por los siglos de los siglos. Podrás volver a tu mundo, Zirky. O quedarte aquí con forma humana.

—Imposible —protestó Zirky—. Quiero volver con los míos, John Smith. Me debo a ellos. Trataremos de rehacer nuestro mundo, ahora que todo pasó. Pero puedes estar seguro de que nunca olvidaré a mis buenos amigos de la Tierra, John Smith y Lena. Si nunca más nos vemos, recordadme como a un amigo de verdad.

—Lo sé. —Me sentí emocionado—. Zirky siempre guardará un lugar para sí en nuestros corazones. Estés donde estés, amigo.

Se emocionó. Creo que incluso lloraba, si un polimorfo puede llorar. Me volví a Lena, que sonría radiante, contemplando el nuevo día por el amplio ventanal.

Todo era cierto. Como yo le dijera a Zirky: el mundo sonreía de nuevo a la vida. Quedaban residuos metálicos, pero no creo que importaran mucho, ahora que se había detenido la lluvia maligna.

El mundo nunca sabría que nos lo debió todo a Lena, a mí… y a Zirky, un polimorfo. Nadie iba a saberlo jamás. De haberlo dicho, nos hubieran tomado por locos. Y no valía la pena.

La noche había pasado ya. Hubiera podido ser la noche de los polimorfos. O la noche de los metaloides.

Pero el prodigio se hizo. Dios ayudó a sus criaturas, y ahora la noche, fuese cual fuese su peligro, quedaba atrás. Definitivamente atrás.

Salía el sol otra vez. Como un símbolo.

Lena me besó. Al volvernos hacia Zirky, le vimos dormir beatífica, apaciblemente.

Sonreímos y salimos de puntillas de la alcoba.

—Es un buen chico —dije—. Lo sabía, Lena. Siempre lo supe.

—¿Cómo será él realmente, Johnny? —se preguntó Lena, intrigada.

Me encogí de hombros.

—No sé —dije—. No quiero saberlo. Me basta saber cómo es moral y espiritualmente. Creo que es lo que cuenta en toda criatura viviente. Lo de menos es el físico, Lena. Y supongo que por eso mismo existen polimorfos en algún lugar del universo. Se puede

cambiar de aspecto exterior. Pero ninguna forma de vida puede cambiar su alma, si ésta le fue inculcada por el Creador.

Lena me comprendió. Ella siempre comprendía.

* * *

Así conocimos a Zirky.

En un día y una noche imborrables para nosotros.

Pero, de esa noche, el mundo no supo nunca nada.

Zirky, ahora, está ya muy lejos. En su mundo, con los suyos, Pero Lena y yo sabemos que nos recuerda con afecto, sabemos que nunca nos olvidará.

Ni nosotros a él. ¿Quién podría olvidar a un ser como Zirky?

Estoy seguro de que, si le hubieran conocido, ustedes tampoco podrían olvidarle.





ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL.
Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.



Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA